



¿QUIERE USTED CASARSE CON EL ASESINO?

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283 — La historia de Bill el *McLenas*.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.332 — Yo llenaré ese ataúd.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967 — El Oeste en llamas.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
729 — La venganza.
- En Colección KANSAS:
667 — Mala hierba nunca muere.
- En Colección BRAVO OESTE:
581 — Tres hombres van a morir.
- En Colección PUNTO ROJO:
719 — El miedo embotellado.
- En Colección CALIFORNIA:
752 — La historia de Buby el *Llorón*.
- En Colección ASES DEL OESTE:
878 — Muerte de un poderoso.
- En Colección COLORADO:
610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
322 — Que me entierren donde caiga mi sombrero.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82 — La chica del rifle de oro.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5 — Asesino Murray.

KEITH LUGER

**¿QUIERE USTED
CASARSE CON
EL ASESINO?**

Colección PUNTO ROJO n.º 723
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 543 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: marzo, 1976

© Keith Luger - 1965

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

—Usted es un inepto, señor Kelly —exclamó Harry Furst, descargando el puño sobre la mesa—. ¿Es que no tiene ojos en la cara? Este grabado es deleznable. Dije que íbamos a lanzar una edición de La Divina Comedia, para gente de clase, para entendidos. Cada comprador va a invertir veinticinco dólares en el libro... Y por algo soy considerado como un editor de arte. Yo no lanzo a la calle libros de bolsillo, señor Kelly.

Lawrence Kelly, a la otra parte de la mesa, hacía grandes esfuerzos para contenerse.

—Seguí sus instrucciones, señor Furst...

—¡Un cuerno, siguió usted mis instrucciones...! Le dije que en este grabado tenía que resaltar el amarillo. ¿Es que no se da cuenta? Lo interesante del dibujo es el contraste. ¡Y si no hay contraste, no hay nada! ¡Es un cuadro muerto!

—Disculpe, pero quizá el pintor, Henry Sinclair, no supo combinar los colores...

Harry Furst agrandó los ojos.

—Usted, además de inepto, es atrevido, señor Kelly. ¿Se atreve a juzgar a Henry Sinclair, al pintor más grande de nuestra época?

—También es un ser humano, y se puede equivocar.

—Henry Sinclair no se equivocó al hacer este dibujo... ¿Sabe por qué, señor Kelly? ¡Porque él siguió mis indicaciones...! Por si no lo sabe, este dibujo es una alegoría. La olla significa el infierno. La olla está llena de ranas y las ranas son los condenados. Sobre el horizonte, hay un sol, y es el amarillo el que debe predominar para que exista el debido contrapunto entre el fondo y la olla que está en primer término.

—Opino que, si se acentuase el amarillo, el grabado sería muy vulgar.

—Usted opina, ¿eh?

—Fui contratado por usted para dar mi juicio acerca de los grabados de esta obra, y de otras muchas.

—Pero esta vez no acertó, señor Kelly... Y siento deseos de ponerlo de patitas en la calle.

—Tengo un contrato.

—Ese contrato es para un tiempo indefinido, y eso quiere decir que yo puedo romperlo cuando a mí me dé la gana.

—Sí, señor Furst.

—Ahora pondrá usted el amarillo como a mí me gusta.

—¿Y qué hacemos con los grabados que ya están tirados?

—Se los lleva a su casa y empapela sus habitaciones con ellos.

—¿Es eso todo, señor Furst?

—Le diría unas cuantas cosas más, pero creo que ya tuvo bastante. Ahora, márchese y aténgase a lo que le he dicho.

—Sí, señor Furst.

Lawrence Kelly dio media vuelta y se fue hacia la puerta.

—Ah, señor Kelly —dijo el director de libros de arte.

—¿Sí, señor Furst?

—Puede usted buscarse otro empleo.

—Señor Furst, no puede hacer eso.

—¿Quién dice que no?

—Me voy a casar.

—Felicidades.

—Me casaré pasado mañana, y necesito mi sueldo.

—¿Cree usted que puedo alimentar a todos los hombres que se casen en esta ciudad?

—A todos, no. Sólo a los empleados que trabajan para usted.

—Oiga, señor Kelly, si usted se va a casar, es cuenta suya. Yo no le busqué una novia ni lo alenté para que formase un hogar. Sólo prueba una cosa, que es usted más irresponsable de lo que suponía.

Lawrence Kelly apretó los maxilares hasta que su cara adquirió la dureza del granito.

—No me despida, señor Furst. ¡No lo haga!

—¿Me está amenazando, señor Kelly?

Lawrence se encaminó otra vez hacia la mesa, tras la que se encontraba su jefe.

—Quiero que rectifique, señor Furst. Voy a continuar con usted... Sólo por tres o cuatro meses. Para entonces habré

solucionado mi situación. Pero no puede despedirme tan inesperadamente, cuando me voy a casar. Usted me dará ese plazo de cuatro meses. Sólo eso.

Harry Furst sonrió.

—¿Cree usted que me puede dar órdenes, Kelly?

—No se trata de una orden, sino de un ruego.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció una de las secretarías de Harry Furst, Alice Meyen.

—Perdone, señor Furst, pero acaba de llegar el señor Jonathan Elliott.

—Hágalo pasar en dos minutos, Alice.

—Sí, señor.

La secretaria, bonita y de cuerpo sinuoso, salió del despacho.

Harry Furst tabaleó con los dedos en la mesa, los ojos clavados en su asesor de arte, Lawrence Kelly.

—Ya puede marcharse, señor Kelly.

—Todavía no me ha contestado, señor Furst.

—Yo creo que lo hice.

—¿Mantiene mi despido?

—Sí, señor Kelly... Hoy es jueves, de modo que puede estar hasta el sábado... Pero no quiero verlo el lunes... Le deseo suerte.

Kelly fue a protestar, pero dio media vuelta y salió rápidamente de la oficina.

Se cruzó con un hombre de unos cincuenta años, nariz aguileña, muy alto.

Las dos secretarías de Harry Furst, Alice Meyen y Margaret Jean, estaban escribiendo a máquina.

Alice se interrumpió.

—Kelly, ¿qué pasó entre ustedes?

—Nada de importancia —contestó Lawrence, sin detenerse.

Poco después, entraba en su despacho.

Dejó caer la carpeta sobre la mesa y se puso a pasear de un lado a otro del despacho. El aire le ahogaba y abrió la ventana, pero la volvió a cerrar,

porque a través del hueco llegaron muchos ruidos callejeros.

Quedó inmóvil, apoyando la frente en el cristal. De pronto, recordó que no había transmitido la orden a la imprenta.

Tomó el teléfono y habló con Ray Burke:

Ray, hay que aumentar la intensidad, del amarillo en el grabado número siete.

Perdone, señor Kelly, pero eso me parece que va a estropear el dibujo.

Eso dije yo, pero el señor Furst opina de distinta forma. Haga resaltar más el amarillo. Eso es todo.

—De acuerdo.

Kelly colgó y dio un suspiro.

No, no podía dejarlo así. Tenía que hablar de nuevo con el señor Furst... Echó a andar, pero se detuvo con la mano en el tirador.

¿Era el mejor momento para hablar con él? Muy pronto serían las seis de la tarde, y entonces Harry Furst quedaría solo. Su jefe acostumbraba a quedarse en la oficina hasta las ocho.

Entonces podían cambiar las cosas. Le haría ver la injusticia de su decisión.

Decidió examinar los otros grabados de Henry Sinclair.

Había media docena que no le gustaban nada. Sinclair era un pintor famoso. No podía negar que conocía el arte, pero su celebridad se debía más a sus extravagancias, a la publicidad, que a un talento genuino. Pero era el nombre que estaba en labios de todos. Uno podía preguntar al hombre de la calle por Henry Sinclair y, sin lugar a dudas, diría quién era. Otros pintores, mucho mejores que Sinclair, eran absolutamente desconocidos. Aún recordaba la última hazaña publicitaria de Henry Sinclair... Un mes antes, un helicóptero había depositado un huevo en medio de cierto estadio deportivo, y del interior del huevo apareció Henry Sinclair para hacer el saque de honor en un partido de fútbol.

Oyó que se abría la puerta, y vio entrar a Nils Larmont, uno de los asesores literarios de Furst. Hijo de padre danés y madre inglesa, había vivido gran parte de su vida en Copenhague, y era un especialista en literatura europea de los siglos XIII, XIV y XV. A él se debía la versión de La Divina Comedia que Harry Furst se disponía a lanzar en una edición de lujo.

—Eso dijo el puerco, ¿eh, Kelly?

—No sé a qué te refieres.

Nils, delgado, rubio y de ojos muy claros, sonrió.

—Estaba con Ray Burke cuando recibí tu llamada de hacer resaltar el amarillo del grabado número siete. ¿Por qué te callaste?

—No me callé, Nils. Le dije que la combinación de colores estaba bien hecha.

—Así que fue cosa suya.

—Enteramente.

—Entonces, ¿para qué te contrató como asesor artístico?

—Yo también me lo pregunto.

—¿Qué sabe ese tipo de contraste de colores? ¿De La Divina Comedia? ¿De literatura? ¿De pintura...? Sólo es un salchichero.

—Pero es el patrón.

—Sí, lo es —asintió Nils—. Yo pronostiqué este estado de cosas hace tiempo. Escribí un libro, ¿sabes? No encontré editor. Su título es: El Arte pisoteado. Un par de veces he estado a punto de cambiarlo por el de: Cómo llegar a editor de libros de lujo, después de vender salchichas y otros productos derivados del cerdo.

—Quizá con el nuevo título encuentres editor.

—Es posible. A nuestra estúpida sociedad le gusta el escándalo. En fin, es el signo de la época, la esclavitud de los inteligentes por los retrasados mentales que son audaces, atrevidos...

—Perdona, Larmont, pero no estoy para discutir filosofía.

—Está bien, ya me voy... Pero no lo tomes en serio.

—He de tomarlo. Me despidió.

—¿Qué?

—Sólo estaré aquí hasta el sábado.

—Eso es absurdo. ¿No te ibas a casar el sábado?

—Sí.

—¡Debes decírselo...!

—Ya se lo dije, y no sirvió para que cambiasen las cosas...

—¿Qué piensas hacer?

Lawrence Kelly se encogió de hombros. Frisaba en los veintisiete años, y era moreno, de rostro bien parecido.

—¿Qué hace uno cuando lo despiden? Buscaré otro empleo.

—¿Tienes algo?

—Haré lo que hacía cuando me contrató Furst. Daré lecciones particulares. Aunque quizá tarde algunas semanas en encontrar algo interesante.

Nils sacudió la cabeza.

—Ese salchichero nos salió cruel.

—La culpa fue mía, cuando firmé el contrato que me puso

delante. Todas las ventajas eran para él.

—¿Cómo crees que estoy yo? Todos los contratos que él firma son por tiempo indefinido. De esa forma, te puede dar lo que él llama el «puntapié en el trasero». Sí, amigo mío, lo dice con todas las letras. Al menos, debería referirse a «salva sea la parte». Pero ¿qué se puede esperar de un tipo como él?

Lawrence no dijo nada.

—Lo siento, muchacho. —Nils lo palmeó en la espalda.

—Gracias.

—¿Vas a aplazar la boda?

—No. Me casaré pasado mañana.

—Estaré allí.

Lawrence sonrió, aunque lo hizo con amargura.

—Eres muy amable, Nils.

—¿Vas a hablar con él?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Más tarde. A las seis, cuando todos se hayan marchado.

—Comprendo. Te echarás a sus pies, suplicarás, derramarás lágrimas.

—No, Nils. No voy a hacer nada de eso. Pienso resolverlo de hombre a hombre. Ya le rogué antes. En la próxima entrevista no me voy a convertir en un gusano. Ten la completa seguridad de que no lo haré.

—Así me gusta, muchacho. Duro con él.

Nils hizo un saludo con la mano y salió de la habitación.

Lawrence sacó un cigarrillo y lo encendió.

De pronto, el teléfono se puso a sonar.

—¿Sí?

—Hola, querido.

Lawrence cerró los ojos y los volvió a abrir. Era Nathalie, la mujer que dos días más tarde sería su compañera para toda la vida.

—¿Cómo estás, Nathalie?

—Nerviosísima. ¿Y tú?

—Un poco.

—Eso no está bien. Recuérdalo, a partir de ahora debemos compartir en un cincuenta por ciento las alegrías y las desgracias, y si yo estoy muy nerviosa, también debes estarlo tú.

—Sí, Nathalie.

—¿Qué te pasa, Lawrence?

—Nada. ¿Por qué?

—Hablas con voz muy apagada. Apenas puedo oírte.

—Debe ser cosa del cable.

—¿Necesito recordarte que estoy citada con mi futuro marido a las seis y media?

—Perdona, Nathalie, pero no puedo ir.

—¿Por qué no?

—Tengo una cita importante.

—¿Con quién?

—El señor Furst me dijo que me quedase. Tiene que consultarme un asunto.

—¿A qué hora acabarás?

—Pongamos a las siete y media.

—Voy a estar muy sola. ¿Qué hago, si alguien me silba o me guiña el ojo?

Lawrence sonrió.

—Pregúntale cuánto dinero tiene, y si es más de un millón, no pierdas tu oportunidad.

—No te cambiaría ni por alguien que tuviese cien millones... No te demores, Lawrence. A las siete y media.

—Sí, Nathalie.

No esperó a que ella colgase para hacerlo él.

Se pasó una mano por el cabello.

¿Cómo le diría a Nathalie que había sido despedido? Ella estaba empleada en una biblioteca pública, pero su sueldo apenas contaría para pagar la casa y el lechero. Tenía que ser él quien resolviese el problema. ¿Clases particulares? Oh, sí, podía darlas. Pero sólo con suerte se conseguía una buena remuneración.

¿Qué hacía? Todavía faltaban veinte minutos para las seis, pero el señor Furst no lo necesitaría para nada. Y si lo necesitase, llamaría a otro.

Podía esperar a que saliesen sus compañeros, en el bar más cercano.

Poco después se encontraba, sentado en un taburete ante la barra del bar Alamein.

Pidió un *whisky* sin soda. Lo despachó en seguida, y pidió otro.

Una joven vino a sentarse en el taburete de al lado, en el de la derecha.

—¿Trabaja usted en el cine?

Lawrence la miró.

Era una pelirroja de cara picaresca.

—No, no trabajo en el cine —contestó Lawrence.

—Me había parecido un actor que vi la semana pasada en un papel secundario.

—No, señorita. Nunca me he colocado ante las cámaras.

—Qué lástima. Usted daría el tipo. Es alto, guapo, y tiene personalidad.

—Muchas gracias —dijo Lawrence, y tomó su vaso.

No, no se dejaría engatusar por la pelirroja. Tenía muchas cosas que hacer. Hablar con Harry Furst. Convencerlo para que no lo despidiese hasta después de tres o cuatro meses. En ese tiempo, él podría resolver su problema. Estaba seguro de ello.

La pelirroja enfiló sus baterías hacia un tipo que acababa de llegar.

Oyó que le decía:

—¿Trabaja usted en el cine?

No quiso escuchar más. Pagó los dos *whiskys* y salió del bar.

En la calle consultó su reloj comprobando que las saetas marcaban las seis y media. Era increíble la forma tan rápida que transcurría el tiempo.

Se dirigió hacia el edificio donde se ubicaban las oficinas de Harry Furst.

Subió en uno de los ascensores.

Estaba atendido por Will Brown, un hombre rubio, de unos treinta y cinco años, de pelo casposo, pequeñajo.

—Ya se fueron todos, señor Kelly —dijo Brown, cuando la jaula empezó a subir.

—Tengo un trabajo pendiente.

—Pero el señor Furst no salió... —hizo una pausa—. Su patrón gana mucho dinero, ¿eh?

—Sí. Eso creo.

Cuando llegaron arriba, Brown dijo:

—Señor Kelly, quería preguntarle si me puede vender un ejemplar de La cabaña del tío Tom.

—Hemos publicado la novela, pero me temo que le va a costar mucho dinero, Will. Es un ejemplar de lujo. Si quiere, puede comprarla en cualquier librería, hay muchas ediciones económicas.

Will Brown se rascó la mejilla.

—¿Cómo cuánto costará la edición del señor Furst?

—Pues, no lo sé con exactitud.

Bueno, se lo preguntaré al señor Furst cuando baje.

—Sí, Will.

Kelly hizo un saludo y se encaminó hacia la oficina.

Tal como esperaba, no encontró a ningún empleado.

Las dos secretarias se habían marchado, y vio luz en el despacho de su jefe.

No llamó en la puerta.

Hizo girar el tirador y pasó dentro.

Harry Furst estaba trabajando tras su mesa, y levantó los ojos.

—¿Usted aquí, Kelly?

—Quería hablar con usted.

—Déjelo para mañana.

—Ha de ser ahora.

—¿Cómo quiere que le diga las cosas, Kelly? No puedo concederle un solo minuto.

—Estamos solos.

—Espero una importante visita.

—Lo dice para que me marche.

—Se equivoca. Es cierto que espero a un visitante. Y no quiero que esa persona lo encuentre aquí. ¡Lárguese, Kelly!

—Para usted no significa nada despedir a un empleado, su contrato le autoriza a ello. Usted no es un ser humano, señor Furst, usted es un bicho...

Lawrence Kelly se dio cuenta de que el *whisky* le estaba haciendo decir cosas en las que no había pensado.

—Kelly, no puedo escucharle ahora. Márchese a su despacho y vuelva dentro de media hora. Entonces podré atenderle. Imagino que eso me coloca otra vez entre los seres humanos, ¿no le parece?

Lawrence dudó unos instantes. Harry Furst no se negaba a escucharlo. Sólo le pedía una prórroga.

—Está bien, iré a mi despacho. Pero volveré dentro de treinta minutos.

Lawrence salió de la oficina y, poco después, entraba en la suya. Se dejó caer en la silla y encendió un cigarrillo.

No podía quejarse. Las cosas marchaban bien, y marcharían mejor, una vez hubiese hablado con Furst. Ahora tenía esperanzas de convencerlo.

El teléfono se puso a sonar. Se extrañó. ¿A quién le había dicho que estaría allí? Ah, sí, a Nathalie.

—¿Sí?

—Oye, muchacho, soy Nils.

—¿Qué pasa, Nils?

—Pensé que quizá estuvieses ahí. Te llamo desde el Picnic Club. Si tienes noticias agradables que darme, vente para acá y tomaremos una copa juntos. Con permiso de Nathalie.

—Todavía no hablé con él, Nils.

—¿Es que el salchichero se fue?

—Está en su despacho, pero espera a alguien. Luego entraré yo...

—Seguro que no espera a nadie.

—¿Qué?

—¿Es que no lo comprendes? Lo hizo intencionadamente, ya sabes, para cocerte en tu propio jugo. Ese tipo es un sádico.

Lawrence no había pensado en esa posibilidad... Pero ahora que Nils la apuntaba, debía reconocer que podía tener toda la razón... Sí, Furst era un sádico. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? No había tal visitante. Quizá Furst se había asustado porque le había visto llegar con un par de vasos de *whisky*.

—Perdona, Nils. Ya hablaré contigo.

—No te acobardes ante ese tipejo.

Lawrence dejó el auricular en la horquilla. Apretó los dientes, rabiosos. Furst le había tomado una vez más el pelo. Eso le había hecho aquel editor, que se creía el ombligo del mundo.

Se levantó y echó a andar.

Sólo habían pasado veinte minutos de la media hora que Furst le había dicho, pero ya daba igual.

Abrió la puerta del despacho de su jefe.

Harry Furst continuaba sentado, pero apoyaba la cabeza en los brazos, sobre la mesa, como si durmiese.

Y era, efectivamente, lo que hacía: dormía. Pero era su último

sueño.

Lawrence sólo llegó a dar dos pasos en la habitación y se detuvo, sobrecogido.

Sus ojos estaban fijos en el mango del cortaplumas hundido en la espalda de Harry Furst, entre los omóplatos.

CAPÍTULO II

Transcurridos los primeros segundos de asombro, Lawrence se acercó a la mesa, y la rodeó.

Se inclinó y tomó el pulso de Harry Furst.

Estaba muerto. Nada podía hacer por él.

Su primer impulso fue llamar a la policía, y alargó la mano para tomar el teléfono, pero de pronto se detuvo.

¿Qué otra persona había en la oficina?

Nadie.

Sintió que su sangre se helaba. Que todo su cuerpo se estremecía.

El no había asesinado a Furst, pero, dadas las circunstancias, ¿quién era el más sospechoso?

El, sólo él.

Miró el mango del cortaplumas, y trató de recordar su entrevista con Harry Furst, cuando éste lo despidió. ¿Había tocado él el cortaplumas? No, estaba seguro que no.

Quizá el asesino había dejado sus huellas en el mango. Pero no era lógico. Seguro que las había limpiado.

¿No le había dicho Furst que esperaba un visitante? ¿Quién sería? ¿Cómo saberlo? Entonces, recordó a Will Brown, el ascensorista, él tenía que haber visto a la persona que Furst esperaba.

Salíó de la oficina y apretó el botón de llamada del ascensor.

Al cabo de un rato, la jaula llegó, y Will Brown le abrió la puerta.

—¿Se va ya, señor Kelly?

Lawrence pasó al interior y el ascensor empezó a descender.

—Will, ¿quién vino a ver al señor Furst?

El empleado arrugó el ceño sonrió.

—Usted.

—Sí, ya sé que yo vine hace cosa de media hora... Pero, poco después que yo, lo hizo otra persona.

—No, señor.

—¿Cómo?

—No entró nadie, después que usted.

—Debes estar equivocado, Will. Alguien vino a ver al señor Furst, él me lo dijo.

—Lo siento, señor Kelly, pero si el señor Furst esperaba a alguien, esa persona no vino. Quizá llegue dentro de un rato.

Lawrence quedó mudo.

Ya habían alcanzado la planta inferior.

—¿Sale, señor Kelly?

—Sí, Will.

—Ahora no hay mucho trabajo. ¿Cree que puedo preguntarle al señor Furst, acerca de esa edición de La cabaña del tío Tom?

—No, Will. Ahora, no —casi gritó Lawrence, y al darse cuenta de que había contestado con voz destemplada, agregó, más suave—: El señor Furst está muy ocupado.

—Comprendo. Entonces, esperaré a que salga.

—Sí, Will.

—Hasta mañana, señor Kelly.

—Hasta mañana —contestó Lawrence en un susurro.

Echó a andar hacia la calle. ¿Por qué había hecho todo aquello? ¿Por qué no le había dicho a Will la verdad? Él sabía por qué. Estaba confuso. Su mente era un torbellino de ideas. Únicamente escuchaba lo que le decía su voz interior: «Te has metido en un lío, Lawrence. La policía no necesitará buscar mucho para encontrar a un culpable. Y ése eres tú».

Necesitaba un trago.

Entró otra vez en el bar Alamein.

No, la pelirroja no había logrado hacer su conquista. Estaba allí, en el mismo taburete.

Se alejó de ella.

—Un *whisky* —pidió al mozo.

Lo bebió de un solo trago y entonces, la pelirroja se descolgó del taburete y vino hacia él.

—Caramba, si es el buen mozo que nunca trabajó en el cine... ¿Me invitas?

—Sí, claro.

Ella pidió otro *whisky*.

—Mi nombre es Patsy.

—Mucho gusto, Patsy.

Lawrence hizo una señal al mozo para que le llenase el vaso.

—Eh, Robert —dijo Patsy—. Sírvenme también otro.

La pelirroja no había tardado mucho en hacer desaparecer su *whisky*.

Lawrence pensó que Patsy debía recibir una comisión del mozo, que era un tipo delgado, de frente ancha y cabello rubio.

—No me has dicho tu nombre.

Lawrence fue a decírselo, pero se interrumpió.

¿Por qué estaba allí? Habían asesinado a su jefe, y él iba a ser el candidato para ocupar el puesto del criminal.

Estaba perdiendo el tiempo. Tenía que huir.

Dejó unos billetes sobre el mostrador.

—Me marchó, Patsy.

—¿Adónde?

—Recordé, de pronto, una cita.

—Llévame contigo, y sigue olvidando esa cita. Nos divertiremos. Lo vamos a pasar muy bien. —Patsy le guiñó un ojo.

—Lo siento, pero hoy, no. Otro día.

Lawrence Kelly dio media vuelta y salió muy aprisa del bar.

Se detuvo en la acera, mirando el edificio donde ahora se encontraba el cadáver de Harry Furst.

¿Por qué se había metido en aquel bar? ¿Por qué no se marchó bien lejos a beber su *whisky*?

Escuchó su voz interior:

«Ya está hecho, Lawrence. Hasta ahora hiciste muchas cosas mal, pero ha llegado el momento de que recuperes la serenidad, o terminarás en la cámara de gas».

Fue al aparcamiento y se metió en su auto. Lo puso en marcha. Al retroceder, estuvo a punto de golpear a otro vehículo que salía.

El conductor asomó la cabeza por la ventanilla.

—Eh, usted, ¿qué le pasa? ¿Es que no tiene ojos en la cara? Vuelva a meterse ahí dentro. Yo tengo preferencia.

Era un hombre de cabello gris, y usaba gafas negras.

Lawrence llevó otra vez el coche al hueco, y el otro vehículo

pasó.

Poco después, Lawrence conducía por la calle.

Necesitaba la ayuda de alguien. Y él ya conocía a la persona que le podía echar una mano: Joseph Carey, un expresidiario, un tipo que había pasado más de la mitad de su vida en la cárcel. Había escrito sus memorias y, un año antes, estuvo buscando editor para que se las publicase. Una de las editoriales que visitó fue la de Harry Furst. Con ese motivo, Lawrence conoció a Carey, y hasta leyó su manuscrito. Pero Harry Furst no editó el libro, y tampoco tuvo noticias de que algún otro lo hubiese hecho. Sabía dónde vivía Carey porque, por aquella ocasión, él fue a su apartamento para devolverle el manuscrito rechazado. Vivía en un edificio de cuatro pisos, descascarillado, sucio.

Subió por una escalera, y apretó el timbre de la puerta marcada con el número «18».

Dentro oyó maullar un gato.

Luego, unos pies se arrastraron, y unas manos quitaron la cadena.

Lawrence vio la cara huesuda de Carey por el resquicio.

—Hola, señor Carey. ¿Se acuerda de mí? Soy Lawrence Kelly.

—Ah, sí. Trabaja para Harry Furst.

Lawrence, al oír el nombre de su patrón, sintió otro escalofrío por la espalda.

—¿Puedo pasar, señor Carey? —preguntó.

—¿Qué quiere?

—Será mejor que entre y se lo diga.

Carey titubeó unos instantes, pero terminó por franquear el paso a su visitante.

La habitación donde Lawrence penetró estaba sucia. En un rincón vio algunas botellas de *whisky* vacías.

En una mesa había un montón de periódicos atrasados.

Joseph Carey estaba en pijama, a manchas azules sobre un fondo blanco, raído por el cuello y por los puños.

—No puedo ofrecerle un trago, señor Kelly —dijo—. Se me acabó la ración.

—Carey, hace un momento recordé un trozo de sus memorias.

—Me hizo un gran honor al recordarlo. Yo lo olvidé todo.

Lawrence trató de sonreír.

—Por fortuna, escribió sus aventuras.

—Es como si no lo hubieses hecho... Quemé el manuscrito.

—No debió hacerlo.

—No me diga que era una obra de arte. No se perdió gran cosa.

—Carey hizo una pausa—. Estoy seguro de que no vino aquí para decirme que está dispuesto a editar mis memorias.

—No, no es eso.

—¿Lo ve usted?

—Necesito abandonar el país.

Lawrence lo dijo muy aprisa, como si las palabras le quemasen los labios.

Carey lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Robó a su patrón?

—Es mejor que no sepa el motivo, Carey... Leí en sus memorias que usted tenía un amigo y que se ocupaba de casos como el mío. Y recuerdo hasta la cantidad de dinero que se necesitaba: quinientos dólares.

—Sí, lo recuerdo bien. Pero tenga en cuenta que pasó mucho tiempo. El dinero vale ahora menos que antes.

Lawrence tragó saliva.

—¿Cuánto?

—Mil quinientos.

—Es demasiado para mí...

Carey exhaló el aire y se dejó caer en el sofá.

—Es peligroso ayudar a un delincuente como usted.

—No soy un delincuente.

—Entonces, ¿por qué quiere salir del país?

Lawrence se pasó una mano por la cara. Aquello era como vivir una pesadilla.

—Me van a acusar de algo que no he hecho, Carey. Soy inocente. Pero todo está contra mí... Tengo dinero, pero no llega a mil quinientos.

Carey se miró las sucias uñas de la mano derecha.

—¿Cuánto tiene?

—Podre pagar unos setecientos.

—Es muy poco. Pida el resto a un amigo.

—No puedo acudir a nadie...

Carey dejó correr unos segundos antes de responder:

—Bueno, lo intentaré. Pero no le aseguro que tenga éxito. Usted, entretanto, debe conseguir más «pasta».

—Le he dicho que es imposible.

—Todos creemos que las cosas son imposibles, pero siempre se puede hacer un esfuerzo... Usted también lo tendrá que hacer. Se lo voy a hacer barato, ¿entiende? Se lo dejaremos en mil. Pero no piense que va a conseguirlo con setecientos. No podrá conseguir pasaje y documentación falsa por menos de mil dólares... Y le repito que es un precio tirado. Mi amigo creerá que me he vuelto loco. Se lo aseguro, señor Kelly. Nadie habrá salido del país pagando tan poco como usted.

—Está bien. Trataré de conseguir los trescientos.

—Estoy seguro de que los encontrará.

—¿Para dónde será el pasaje?

México, Panamá, Guatemala, quién sabe... Depende de muchas cosas. Lo sabrá luego, cuando vuelva con el dinero.

—¿Cuándo he de volver?

—Mañana.

¡No puede ser mañana! Tengo que salir esta noche del país.

Carey soltó una risita.

—El hombre quiere gastarse mil dólares, y tener el servicio completo en unas horas. No sabe lo que dice, señor Kelly. Ande, vaya y búsquese otro...

—No puedo esperar a mañana, Carey. Tiene que hacerse cargo. Mañana sería demasiado tarde.

—Si al menos pagase los mil quinientos...

—No puedo.

—Con los mil quinientos, estoy seguro de que mi amigo se daría mucha prisa, y podría tenerlo listo a la medianoche. Consulte el reloj, y mire la hora... Sería todo un récord. ¿Se da cuenta? A la medianoche, todo listo.

Kelly respiró profundamente.

—Le dije que es mucho dinero.

—Ya sé que es mucho, pero también debe tener en cuenta los riesgos que corre mi amigo. Todo en esta vida es compensatorio. Usted lo sabe. Es un hombre de letras, señor Kelly. ¿Qué nos pasaría a mí y a mi amigo por prestarle nuestra ayuda? Podríamos ir a parar a la cárcel. Y nosotros ya estamos marcados... Cada vez que

lo pienso, me arrepiento de haberle abierto la puerta.

Lawrence se apretó las sienes con la mano derecha.

Finalmente, dejó caer el brazo y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien. Serán los mil quinientos.

—Usted sabe lo que le conviene, señor Kelly —repuso el exconvicto.

—¡Pero ha de ser a la medianoche, ni un minuto más tarde!

—Descuide. A la madrugada estará usted de viaje. Lo espero aquí a las doce.

—Está bien.

—¿No va a dar algo a cuenta?

—Aquí sólo tengo doscientos dólares.

—Deme los doscientos.

Lawrence le entregó el dinero.

—Ya puede marcharse.

El joven se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, señor Kelly —dijo Carey—. Quiero que sepa una cosa.

—¿El qué?

—Si lo atrapan antes de que vuelva aquí, usted no me hizo esta visita. Usted no me hizo ninguna oferta. Nunca hablamos de que yo le procuraría la salida del país.

—Sí, Carey.

—No se le olvide.

—No lo olvidaré.

Lawrence salió de la casa.

Cuando llegó a la calle, se metió en su coche. ¿Qué hacía ahora? Nathalie lo estaba esperando. Ya pasaban diez minutos de la cita acordada con ella.

Tenía que verla, contarle lo que le había pasado... Eso era necesario, imprescindible. ¿Habrían descubierto ya el cadáver de Furst? Quizá no. Después de todo, al ascensorista Will Brown no se le ocurriría entrar en el despacho de Harry Furst para preguntar por el precio de La cabaña del tío Tom. ¿No se lo había quitado él de la cabeza? Sí, podía ver a Nathalie, sin temor a nada.

CAPÍTULO III

Después de estacionar el coche, entró en el Club 33.

Nathalie lo estaba esperando ante la mesa donde se sentaban siempre.

La joven lo recibió enfurruñada.

—Me diste un plantón de veinte minutos.

—Lo siento, Nathalie.

Nathalie Ericson era una hermosa muchacha de veintitrés años, morena, bella, de rostro sensitivo, ojos almendrados orlados de largas pestañas y nariz un poco respingona que daba a su cara un aspecto picaresco.

—Ni siquiera me has besado —dijo, cuando él se sentó.

¿Cómo se lo decía?

—Nathalie, ha ocurrido algo que va a impedir nuestra boda.

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué es lo que dices, Lawrence?

—Harry Furst ha sido asesinado.

El rostro de la joven palideció en pocos segundos.

—¿Asesinado?

—Sí, Nathalie. Y lo peor es que me acusarán de ser el criminal.

—Oh, no.

—Tengo que salir del país.

—No estás en tu sano juicio...

—Te repito que la policía creerá que lo hice yo. Que mató al señor Furst.

—Cuéntamelo todo Law, Desde el principio.

Lawrence hizo un silencio, porque se acercó el mozo, a quien encargó un martini.

—Estoy esperando Dilo pronto.

El joven contó la historia.

Cuando hubo terminado, Nathalie dijo:

—Debiste llamar a la policía, Lawrence.

—No podía.

—Con tu huida sólo les demostrarás una cosa.

—Ya sé. Que soy el culpable.

—Sí, Lawrence.

—Pero es que no había nadie allí. Sólo estaba yo en mi despacho. Y había discutido con él. Me había despedido. Estoy seguro de que nos oyeron las secretarias, Alice Meyen y Margaret Jean... Y también se lo dije a Nils.

—Pudo ser uno de ellos.

—¿Qué?

—Pudo matarlo uno de ellos, aprovechando tu discusión con Furst... Nos odiaba a Harry Furst, me lo has dicho muchas veces.

—Nils me llamó desde el Picnic Club.

—¿Cómo sabías que era desde el Picnic Club? Pudo llamarte desde el propio despacho de Furst.

—No pudo ser.

—¿Por qué no?

—Te olvidas del ascensorista, Will Brown. No subió nadie, después que yo...

—Pero tú sabías que Harry Furst esperaba a un visitante.

—Fue lo que él dijo. Pero pensé que era mentira, cuando me llamó Nils.

Sobrevino un silencio entre ellos.

—Lawrence —empezó Nathalie, y puso una mano sobre la de su prometido—. Si fuiste tú, has de decírmelo.

—¿Qué?

—Perdiste la cabeza mientras discutías con él... Te dijo cosas injustas, y tú no pudiste soportarlo. Entonces, atrapaste el abrecartas.

—No, Nathalie.

—Tienes que confesarlo. Te voy a querer igual. Te lo juro...

—No, muchacha. —Lawrence rió con amargura—. Y eso me demuestra que lo que he hecho es lo mejor.

—Ahora te creo.

Lawrence se levantó.

—He de marcharme.

—No, Lawrence. Quiero que te quedes conmigo.

—No puedo. Dentro de poco descubrirán el cadáver de Furst, y entonces me buscarán.

—No puedes convertirte en un fugitivo, Lawrence. Nos íbamos a casar... Nos queremos, íbamos a formar un hogar.

—Es mejor que me olvides.

—¡No, Lawrence, no podré olvidarte! ¡Te quiero!

El hombre dirigió una mirada hacia su alrededor.

—Te van a oír.

—Perdona.

—No puedo quedarme más tiempo.

—Lawrence, debe haber otra solución.

—No hay otra.

—Quiero estar contigo. Si tú huyes, yo también lo haré. Iremos juntos adonde sea.

—No sabes lo que dices.

—Prometí estar a tu lado, en la felicidad y en la desgracia.

—No, Nathalie, todavía no lo prometiste. Y es una suerte que hayan ocurrido las cosas antes de celebrar nuestro matrimonio. Ya te lo he dicho. Es mejor que me olvides. Eres libre. Encontrarás a otro hombre.

—No necesito encontrar a otro hombre porque ya encontré el que yo quiero.

—Por favor, Nathalie, no hagas esto más duro de lo que es. Tú te quedarás aquí. Si tratas de seguirme, sólo conseguirás que me atrapen.

Nathalie cerró los ojos y se golpeó la frente con el puño cerrado.

—Dios mío, ¿qué hacemos?

—Ya está todo decidido.

Lawrence la tomó por la barbilla.

—Mírame, Nathalie.

Ella lo miró.

—Querida, no hemos pensado en algo que puede ocurrir. Cuando yo me marche, quizá la policía haga una investigación y encuentre al verdadero asesino.

—No, Lawrence. No pasará eso, si tú te vas.

—¿Por qué no? Debemos tener una esperanza.

Nathalie negó con la cabeza.

—Tengo el presentimiento de que nunca volveré a verte.

Otra vez se miraron en silencio.

Lawrence se inclinó sobre la joven, y la besó suavemente en los labios.

—Nena, por favor, cierra los ojos. No los abras en un minuto, hasta que yo me haya marchado.

—¡No, Lawrence!

—Por favor, Nathalie. Obedece.

Ella se mordió el labio inferior con fuerza. Sentía un gran deseo de llorar. Finalmente, movió la cabeza y cerró los ojos.

Lawrence la volvió a besar en los labios, con la misma suavidad que antes, y echó a andar hacia la calle.

Veinte minutos más tarde, llegaba a su destino.

Se cercioró de que no había ningún coche de la policía por los alrededores.

Subió rápidamente a su apartamento, y metió lo más necesario en una maleta.

Luego, salió de allí y volvió a su auto. ¿Qué hacía ahora hasta la medianoche? ¿Dar vueltas? No, lo mejor era meterse en un cine, dejar que transcurriese el tiempo hasta que llegase la hora de ir en busca de Joseph Carey.

Ahora llevaba encima mil seiscientos dólares, que había ahorrado durante el último año.

Aquel dinero había tenido un destino, desde un principio: pagar los gastos de la boda y hacer frente a los de su vida matrimonial. Y ahora le servirían para escapar de la policía.

Cuando pagase a Carey los mil trescientos dólares que le faltaban para llegar a los mil quinientos sólo le quedarían trescientos. Podría resistir unas cuantas semanas, en Guatemala, en Panamá..., adonde lo empujase el Destino.

Se dirigió hacia uno de los barrios del extrarradio.

Estacionó el coche en una callejuela y se metió en un cine donde pasaban un par de películas producidas quince años atrás.

Apenas prestó atención a lo que ocurría en la pantalla. Pensaba en Nathalie, sólo en ella. Para él no había existido otra mujer en su vida. Nathalie era maravillosa. Estaba seguro de haber encontrado la felicidad, y ahora todo se había venido abajo.

Salió del cine y, como todavía era temprano, se metió en un bar, donde tomó un par de *whiskys*.

Finalmente, emprendió la carrera en el auto para encontrarse con Joseph Carey.

Subió otra vez aquella escalera maloliente, aunque ahora estaba silenciosa.

Apretó, por segunda vez en aquel día, el timbre del apartamento de Carey.

—¿Quién es? —Oyó la voz del exconvicto.

—Lawrence Kelly.

—En seguida le abro.

Carey despasó la cadena y abrió la puerta.

Lawrence entró.

—¿Tiene todo preparado?

—Sí.

—Démelos.

—Primero el dinero.

—Está bien.

Lawrence sacó los mil trescientos dólares, que entregó a Carey, el cual se puso a contarlos con mucha lentitud.

—No le he estafado, Carey. Son mil trescientos. Deme la documentación.

—Espere. He de comprobarlo. Si usted no paga, lo tendré que hacer yo de mi bolsillo.

—De acuerdo, cuéntelos, pero hágalo aprisa.

—Su barco no sale hasta las tres de la madrugada. De modo que no tiene por qué ponerse nervioso.

Carey continuó contando los billetes con la misma parsimonia.

De pronto, se abrió la puerta y entraron dos hombres.

Uno era alto, casi tanto como él, uno setenta y nueve de talla, pero el otro no debía pasar del uno setenta.

Lawrence miró a Carey.

—¿Son amigos suyos?

Carey no contestó. Lo hizo el más alto de los desconocidos:

—Somos policías, señor Kelly. Yo soy el teniente Clark Simón, y éste es James Arthur. Trabajamos en la Brigada de Homicidios. ¿Le dice a usted algo?

—No comprendo.

—¿No comprende? ¿Está seguro?

Lawrence se mojó los labios con la lengua.

—¿Qué significa esto? ¡Dígamelo de una vez!

—Creo que están de sobra las explicaciones. Queda detenido por sospecha de asesinato en la persona de Harry Furst.

Lawrence quedó sin habla.

Miró con expresión estúpida a Joseph Carey.

—Disculpe, señor Kelly —dijo el exconvicto—. Le habría ayudado si hubiese huido con la mujer de su jefe, o porque hubiera desvalijado la caja de su patrón, pero no podía ayudarle a escapar, después de cometer un asesinato.

—Entonces, usted...

—Tengo un amigo en la policía, y lo llamé para hacer una pregunta. Quise saber lo que había pasado en el negocio del señor Furst. Tenga en cuenta que yo fui allí, que me relacioné con él, cuando le llevé mis memorias. Mi amigo me contestó que había sido asesinado. Una cosa trajo otra, y, bueno, no hace falta que le agregue más.

—Sí, comprendo.

El teniente Clark Simón puso la mano sobre el hombro de Lawrence.

—Vamos, señor Kelly. Le interrogaré en la comisaría... Arthur, hazte cargo del dinero que el detenido ha entregado al testigo.

Carey dio un suspiro, mirando los billetes, y los alargó al agente Arthur.

—Lo otro, Carey —dijo el teniente Simons.

—¿Cómo? No sé a qué se refiere, teniente.

—Los otros doscientos que te dio como adelanto. Suéltalos.

Carey metió una mano en el bolsillo y sacó los billetes, que también entregó a Arthur.

—Teniente —dijo—, esto sólo prueba una cosa: que es un mal negocio ponerse de parte de la ley.

CAPÍTULO IV

—Eres un cínico, Ronald —dijo Samantha Leeds, apartando su boca de los labios masculinos que la estaban besando.

Pero el hombre la besó otra vez, ahora en la comisura.

—Nena, eres única.

—Te he dicho que eres un cínico. ¿Es que no lo oíste?

Ahora Samantha soltó un empujón a Ronald Russell, alejándolo de sí.

Russell, de veintinueve años, moreno, alto, rostro de facciones varoniles, piel atezada, arrugó el ceño.

—Eh, ricura. Un poco más fuerte, y me hubieses fracturado un par de costillas.

—Eso es lo que tenía que haber hecho contigo. Romperte las costillas.

—¿Por qué?

—Me dijiste que te marchabas a Las Vegas. Fue hace una semana, y yo he tenido que venir a tu oficina para verte.

—Es verdad, me fui a Las Vegas.

—Y un cuerno. ¡No fuiste a Las Vegas! ¡Te quedaste en Los Ángeles!

Ronald Russell se pasó el dedo índice por la camisa.

—Oye, querida, no te lo quise decir, pero la verdad es que estuve ocupado en un caso de asesinato.

—Otro cuerno.

—Soy un investigador privado y se supone que no de los peores. De vez en cuando, los clientes saben que deben confiar en Ronald Russell, porque él les sacará las castañas del fuego.

—Claro, y esta vez, tu cliente era una pelirroja. Tuviste que estar con ella a todas horas para defender sus intereses.

—¿Cómo lo sabes?

—No importa cómo lo supiese. El caso es que has estado cinco

días con ella... Y yo, la ingenua, creí que era cierto que te ibas a Las Vegas... Pero ya me cayó la venda de los ojos. ¡No tuviste una cliente! ¡No investigaste un caso de asesinato...! Sólo corriste una aventura con esa condenada pelirroja.

Ronald dio un suspiro.

—Está bien, Samantha. Te haré una confesión.

¡Qué emocionante!

—Estuve con la pelirroja.

¿Qué más?

—Fue una aventura, como tú has dicho. No pude resistir a sus encantos, pero me di cuenta de lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—De que ella era superficial.

—Mis noticias son de que no es superficial. Todo lo contrario. La persona que me informó, me dijo que sus curvas eran bastante pronunciadas.

—No hagas chistes, Samantha. Yo hablaba de su carácter.

—Oh, pobrecito.

—Pero ya terminaré con ella.

—Claro, terminaste con ella porque regresó a París. Era una francesa que sólo estuvo aquí unos días, haciendo un viaje cultural.

—Caramba, sabes muchas cosas.

—Te dije antes que eras un cínico, y ahora te digo que eres un canalla.

—Samantha, deberías ser más comprensiva. Esa mujer vino aquí para eso, para aumentar su cultura en este país.

—Y tú te sacrificaste y le enseñaste muchas cosas de California.

—Sí, no niego que quise ayudarla para que los europeos nos comprendan mejor en el futuro.

Samantha se puso en pie de un salto.

Era muy hermosa, de cabello rubio platino. Cuando vino al mundo ya era millonaria, y ahora lo era mucho más, porque su padre, Spencer Leeds, dominaba veinticuatro compañías más que cuando Samantha nació. Había sido educada en el mejor colegio de Boston, y tuvo muchos pretendientes. Pero todos le aburrían, hasta que un día surgió lo inesperado: un hombre se comportó de distinta forma a los otros. Le soltó una bofetada y la tumbó en el suelo. El acontecimiento ocurrió en un bar de una estación de servicio, en las

proximidades de San Bernardino. Samantha entró en aquel bar con cinco de sus más íntimos amigos, tres chicos y dos muchachas. Iban de juerga. Ella estaba un poco ebria. Apostó, con una de sus compañeras, a que era capaz de arrojar el *whisky* por la cabeza del hombre que se sentaba a su izquierda. La apuesta fue admitida. Consistía en un billete de cien dólares.

Samantha quiso ganar el billete a su amiga Eva, de modo que se volvió hacia el cliente que estaba sentado en el taburete y le derramó el contenido de su vaso sobre la cabeza.

El hombre no gritó ni saltó del taburete. Se volvió hacia ella y con la mayor tranquilidad del mundo, le soltó una bofetada.

Sus tres amigos quisieron intervenir, y entonces se desató allí una verdadera tempestad, porque aquel desconocido puso en marcha sus puños, y en pocos segundos sus amigos estaban en el suelo.

Samantha no lo podía creer. ¿Cómo un hombre podía con tres rivales al mismo tiempo? Pero lo más humillante fue que el desconocido pagó el importe de lo que bebió, más el *whisky* que ella derramó en su cabeza, porque, según él, también lo había consumido.

Luego, aquel hombre se marchó sin agregar nada más.

Samantha preguntó al mozo, y éste le dio el nombre de aquel tipo. Ronald Russell, y hasta su dirección. Era un detective privado.

Al día siguiente, se presentó en la oficina del investigador.

Éste le preguntó si venía a pedirle daños y perjuicios.

Samantha dijo que sí, y entonces Ronald la besó con salvajismo y luego dijo: «Bueno, señorita, ya la indemniqué. Ahora, lárguese. Tengo trabajo».

Éste fue el comienzo de algo más que una amistad, porque Samantha no se marchó. Ya habían pasado tres meses desde aquella escena del bar.

El resultado fue catastrófico para Samantha: se enamoró de aquel hombre que la trataba de muy distinta forma a la que ella estaba acostumbrada. Y además, Russell no era ficticio, ya que su forma de comportarse con ella era absolutamente sincera.

Samantha había tenido tiempo para llegar a la conclusión de que Ronald era un extraño animal en aquella jungla de la vida.

Ahora el joven la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

Ella le puso otra vez las manos en el pecho.

—No vendré más, Ronald.

—Sabía que un día u otro esto tendría que acabar.

Samantha agrandó los ojos.

—¿Acabar?

—Cariño, tú lo acabas de decir. No nos entendemos.

—No he dicho que no nos entendemos. Sólo que eres un cínico y un canalla.

—¿No significa lo mismo?

Samantha levantó las manos como si fuesen garras.

—Te debería sacar los ojos.

—Cuidado, Samantha. Los necesito para mi trabajo.

—Sólo trabajas porque quieres. Cásate conmigo, y habrás dejado de hacerlo.

—Oh, sí, tu padre lo hará por los tres.

—Tengo dinero.

—Yo diría que mucho.

—¡No me interrumpas!

—Está bien, adelante, señorita Leeds.

—Nunca le he pedido esto a un hombre. Eres el primero al que se lo voy a pedir: cástate conmigo...

—¡No!

—Has respondido sin pensarlo, sin detenerte a reflexionar.

—No necesito pensarlo.

—¿Es que no te gusto?

—Sí, Samantha, eres maravillosa, lo que una novelista definiría como un fruto en sazón... Pero no me casaré contigo.

—¿Cuál es el inconveniente? Y no me digas que es el dinero.

—Me gusta mi profesión... Y no habrá nada ni nadie que me aparte de ella.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, continúa husmeando, mete tu nariz en casos de homicidios. Puedes hacerlo. Yo te ayudaré.

—No, gracias.

—¡No puedes rechazarme...!

Ronald se levantó del sofá y tomó a la joven por los brazos.

—Nena, seguiremos discutiendo esta tarde.

—¡Lo discutiremos ahora! ¿Lo entiendes bien? ¡En este momento!

—Cariño, ¿por qué no vas a dar un paseo?

—Eso es. Ponme de patitas en la calle.

—No lo decía en ese sentido. Sólo se me ocurrió que quizá mejores si te da un poco el aire.

—Estoy loca, anda dilo.

—No he dicho que estés loca...

—Eres el tipo más desagradable que me he echado a la cara. No sé por qué me he enamorado de ti. ¿Por qué Ronald? ¿Lo sabes tú?

Ronald se rascó una patilla.

—No, Samantha, no lo sé...

La joven hizo chascar los dedos.

—Ya entiendo. Eres un sádico. Me quieres hacer salir de aquí porque estás esperando a una mujer.

—¿Yo? —sonrió Ronald—. Cariño, si alguien viene por aquí, será un acreedor. Tengo muchos, ¿sabes?

—Será una mujer —insistió ella, cruzando los brazos—. Puedes quedarte, si quieres, pero no verás una mujer aquí. Sólo hombres, y todos vendrán con facturas.

—Muy bien. Tienes un medio de acabar con tus acreedores.

—Oh, sí. Ya lo sé. No lo repitas... Tu papaíto se encargará de librarme de ellos.

—Para algo sirve el dinero.

—No cuentes conmigo. ¿Lo oyes bien...? Soy un tipo honrado.

—Pero, Ronald —exclamó Samantha—. No querrás que, para casarme contigo, renuncie al dinero de mis padres.

—No. Sólo quiero que renuncies a mí.

En aquel momento, Ronald oyó que se abría la puerta que comunicaba con la sala de visitas.

¿Era un cliente? Qué tontería. Sería un acreedor.

—Nena, márchate si no quieres pasar un mal rato. Alguien viene a pedir que le pague. Y sólo tengo diez dólares.

—Te haré un préstamo.

—Ni lo pienses.

—¿Por qué eres tan orgulloso, gusano?

En aquel momento llamaron a la puerta.

Ronald se rascó el cogote.

—Está bien, pase.

Se abrió la puerta y apareció una mujer.

Era hermosa, bellísima.

Samantha la vio, y se quedó con la boca abierta, pero en seguida dijo:

—Presente su factura, señorita.

—¿Qué factura?

—¿No viene a eso?

—No, no vengo a eso. Quiero hablar con Ronald Russell.

Samantha desvió la mirada hacia Ronald. Ahora sus ojos parecían disparar dardos venenosos.

—Conque no era una mujer, conque era un acreedor, conque tenías que pagar una factura.

—Te aseguro...

—Tú no puedes asegurar nada... ¡No te creeré...! ¿Lo oyes bien? ¡No te creeré! Eres el ser más perverso de la tierra. Me engañas... ¡Me engañas...!

Nathalie Ericson estaba sorprendida.

No sabía de qué se estaba hablando allí.

—Si molesto, me voy —murmuró.

—¡Soy yo la que se va! —gritó Samantha—. Y sepa otra cosa, señorita. ¡Se lo regalo entero! Ahí lo tiene... Desde este momento ha tomado posesión de Ronald Russell.

Samantha echó a andar rápidamente.

—¡Espera, Samantha...! —dijo el hombre.

Pero ella pasó como un ciclón junto a la visitante y cerró de un fuerte portazo.

Ronald siguió escuchando el eco de los pasos de la millonaria, mientras cruzaba la sala de visitas, y cerró los ojos aguardando el siguiente portazo, el cual no se hizo esperar.

—Después de la tempestad, viene la calma —sonrió a su visitante—. ¿A qué acreedor representa?

—A ninguno. Soy una cliente, señor Russell.

Ronald se frotó las manos y sonrió.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. Bien venida, señorita...

—Nathalie Ericson.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Ericson?

—Creo que mucho... ¿No ha leído los periódicos?

—Sí, pero traen muchas cosas. ¿Cuál es su caso?

—Soy la prometida de Lawrence Kelly.

Ronald encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Sí, ¿eh?

Tomó de la mesa un diario, el Star, y leyó el titular, que decía:

«ACUSADO DE ASESINATO, DOS DÍAS ANTES DE CASARSE»

CAPÍTULO V

Nils Larmont oyó que sonaba el timbre de la entrada y acudió a abrir.

En el hueco había un hombre alto, de unos treinta años.

—¿Nils Larmont?

—Sí.

—Soy Ronald Russell, investigador privado... Fui contratado para investigar la muerte de Harry Furst. Nils hizo un gesto de sorpresa, pero luego sonrió. —Adelante, señor Russell.

—Gracias —dijo Ronald, y entró en un *living* decorado en estilo moderno.

—¿Whisky? ¿Ginebra? ¿Vermut? —inquirió sucesivamente Nils.

—No, gracias.

—Ya comprendo. Los policías no beben en acto de servicio.

No llevo una investigación oficial, señor Larmont.

—Oh, sí. Usted dijo que es un detective privado... Ande, señor Russell, dispáre sus preguntas.

—Haré la primera. ¿Mató usted a Harry Furst?

Larmont estaba preparando un martini. Sonrió, sin mirar a su visitante.

—¿Qué espera que haga, señor Russell? ¿Que me tiemble la mano? ¿Que deje caer el vaso? ¿O es la botella lo que debo estrellar contra el suelo?

Terminó de servirse el martini, y agregó una guinda, que sacó de un frasco de cristal.

—¿Verdad que es eso lo que usted esperaba, señor Russell? —prosiguió, caminando hacia el sillón que el joven había ocupado.

—Hay asesinos de todas clases... —contestó Ronald—. Algunos se sienten emocionados cuando se les recuerda el crimen y entonces hacen esas cosas a que usted se refirió, Larmont. Dejan caer la botella o el vaso, pero también existen los asesinos que poseen una

gran sangre fría.

—Imagino que son los más peligrosos.

—No lo crea, Larmont. También a ellos se les atrapa.

—¿Y de qué forma se vale para conseguirlo, Russell?

—No se lo puedo decir...

—Oh, perdone. Le estaba tirando de la lengua para prepararme.

Pero me pilló en falta.

—¿Hablamos en serio, señor Larmont?

—¿No hemos hablado en serio hasta ahora?

—Yo, sí. Pero parece que usted lo tomó a broma.

—Disculpe, pero ha sido muy emocionante saber que el señor Furst había muerto.

—Y supongo que lo estaba celebrando.

—Sí, señor Russell. —Nils alzó su copa—. Brindo por el eterno descanso de Harry Furst, y porque no resucite.

Ronald esperó a que Nils hubiese bebido el trago y luego dijo:

—Usted le odiaba.

—Claro que le odiaba —sonrió Nils.

—Celebro que sea tan honesto.

—Si la gente que se relacionó con Furst es tan honesta como yo, le aseguro que no encontrará un solo amigo de Harry Furst... Era un tipo indeseable. La Humanidad ha ganado mucho al desprenderse de alguien como él...

—Y usted quiso hacer un favor a sus semejantes.

—Sé lo que quiere decir... Supone que yo lo maté.

—Sí.

—Lo siento, señor Russell, pero tendrá que buscar otro candidato, si quiere salvar a Lawrence Kelly de la cámara de gas.

—¿Por qué no pudo matarlo usted?

—Por la sencilla razón de que cuando terminé el trabajo, me marché al Picnic Club y estuve allí toda la tarde, hasta las ocho. Puede preguntarle a Lynne Thomas.

—¿Quién es Lynne Thomas?

—El mozo que me sirvió un par de *whiskys*.

—¿Con quién estaba usted en el Picnic Club?

—Sólo... Ninguna mujer me quiere. ¿Sabe que estuve casado?...

El experimento duró dos años. Veintitrés meses, para ser exacto. Yo era un tipo insoportable... Crueldad mental, ya sabe. Eso fue lo que

ella alegó ante el Tribunal... Y el juez le dio la razón. Desde entonces, he tratado de comprender mejor a las mujeres, pero ha sido inútil... ¿Tiene usted éxito con ellas, señor Russell?

—No me puedo quejar.

—Debe tener algún procedimiento especial. ¿Regala a cada una de ellas una pulsera de brillantes?

—No, señor Larmont. No regalo nada.

—Entonces, ¿qué es lo que hace?

—Me temo que no lo comprendería. Además, no he venido a hablar aquí de mujeres, sino de Harry Furst, y de su muerte.

—Ya le he dicho todo lo que sé...

—¿Cree capaz a Lawrence Kelly de haberlo matado?

Nils quedó en suspenso unos instantes. Hizo chascar la lengua.

—Oiga, ¿quiere que le diga la verdad?

—Inténtelo —asintió Ronald.

—Lawrence estaba muy excitado. Harry Furst lo había despedido. Law se quedó en la oficina para hablar con Harry, después que los demás hubiésemos salido... Es lógico que, en la discusión, Lawrence se saliese del tiesto... Si yo hubiese estado en su lugar, seguro que también me habría pasado lo mismo. Pero estoy dispuesto a testimoniar en favor de Kelly. Diré al Jurado la clase de bicho que era Furst. Sí, señor Russell, ayudaré a Kelly hasta el final... A Lawrence deben darle una medalla y no un castigo.

—Si dice eso ante el jurado, le hará un pobre favor.

—¿Por qué, si es la verdad?

—Señor Larmont, no importa lo que usted opine acerca de Harry Furst. Ahora ya está muerto, y hay un hombre al que acusan de haberlo asesinado. Le pregunté si creía capaz a Lawrence Kelly de haber dado muerte a Harry Furst...

—¿Qué otra persona lo podía haber hecho?

—Por ejemplo, usted.

—Ya le he dicho que yo no estaba allí.

—Oh, sí, lo ha dicho. Me entretendré en averiguarlo.

—Hágalo, si gusta.

—¿Qué me dice de las secretarias de Harry Furst?

—¿Por qué iban a querer matarlo?

—Quizá una de ellas tuvo relaciones con Furst.

—Él era casado.

—Otras veces ha ocurrido.

—No creo que Alice o Margaret sostuvieran relaciones íntimas con Harry Furst. Ronald se puso en pie, y se encaminó hacia la puerta.

—Oiga, Russell —dijo Larmont a su espalda—. ¿Quién lo contrató?

—Nathalie Ericson —contestó Ronald, volviéndose.

—Bonita chica.

—¿La conoce?

—La vi un par de veces... —Larmont miró el contenido de su vaso al trasluz—. Una encantadora muchacha, sí, señor. Me gustaría saber si sus piernas son tan largas como parecen...

—Lo son —contestó Ronald.

Nils sonrió, mirando otra vez al detective privado.

—¿Ya tuvo oportunidad de echarle un vistazo?

—No sea indecente, o le romperé la cara, Nils. Sé que las piernas de la señorita Ericson son esbeltas, y sólo la vi con el vestido.

—Enhorabuena, señor Russell. Yo no poseo esa facultad. Tengo que verlas con menos ropa.

—Muérase.

—Quizá vaya a ver a Nathalie.

—No lo haga.

—¿Por qué no?

—Es usted un indecente.

—Vamos, señor Russell. Usted es un investigador privado, y en esta profesión no se distinguen precisamente por su moralidad... Si usted no tuvo suerte con ella, quizá la tenga yo. La pobre ha quedado muy sola, después que su prometido quedó encerrado en la cárcel. Necesitará de alguien que la consuele...

—Olvídese de Nathalie. ¿Lo oye bien? Olvídese de ella.

Ronald continuó su camino hacia la puerta, pero se volvió con la mano en el tirador.

—¿Regresó a la oficina, Nils?

—¿Qué?

—Le pregunté si volvió a la oficina, después de las seis.

—Claro que no.

Nils se echó a reír, sacudiendo los hombros.

—Eso estuvo bien, señor Russell. Fue la pregunta sorpresa que se

guardaba en el bolsillo. Ha querido sorprenderme. Yo le había dicho que estaba en el Picnic Club, y de pronto suelta el disparo. «¿Regresó usted a la oficina, señor Larmont?». Pero no caí, señor Russell.

—Quizá caiga más adelante.

—Oiga, Russell. Si Lawrence no asesinó a Furst, cosa que dudo mucho, conmigo no tiene nada que hacer.

—Gracias por todo.

—No hay de qué, amigo, no hay de qué...

Cuando Ronald hubo salido, Nils Larmont bebió de un solo trago el contenido de su vaso.

Ronald Russell entró en el Picnic Club.

El local estaba envuelto en una semipenumbra.

Ante el mostrador había altos taburetes, uno de los cuales ocupó.

A su derecha, un par de tipos que hablaban de negocios.

—¿Qué va a tomar? —preguntó un mozo alto, muy bien peinado, muy guapo, muy oloroso, que se le puso por delante.

—Que sea un *whisky* —contestó Ronald.

El mozo preparó el *whisky*.

—Quiero hablar con Lynne Thomas —dijo el detective.

—Yo soy Lynne Thomas.

—¿Conoce a Nils Larmont?

—Sí.

—¿Desde cuándo no lo ve?

—Desde ayer.

—¿A qué hora lo vio?

Lynne se tomó algún tiempo para contestar.

—Uno de los hombres de negocios pidió un daiquirí.

—Disculpe, señor... —dijo el mozo, y se marchó a prepararlo.

Ronald bebió su *whisky* a pequeños sorbos.

Al poco rato, Lynne Thomas regresó, después de haber servido el daiquirí.

—¿Es usted de la policía?

—Sólo un investigador privado.

—Entonces, no contestaré a sus preguntas.

—¿Por qué no?

—Porque no me da la gana.

—Eso está muy feo, Lynne. No se debe contestar así a un cliente.

—La pregunta que me hizo no se refiere a los servicios del bar, sino a mi vida privada.

—De modo que también tiene vida privada.

—En mi casa, aunque somos pobres, también la tenemos.

Ronald hizo como que se conformaba con aquella respuesta.

De pronto, alargó la mano y atrapó la chaquetilla da Thomas.

Tiró tan fuerte que estuvo a punto de sacar al empleado del mostrador.

Los dos hombres que hablaban de negocios se interrumpieron para ver la escena. Ronald se contentó con aplastar la cabeza de Lynne contra el tablero.

—Oye, chico. Con tipos como tú, no tengo bastante con media docena. De modo que, si te haces el valiente, te voy a poner la nariz en el cogote.

—Cuidado, amigo. Me está rompiendo la chaquetilla.

—Te voy a romper otra cosa, si no contestas a mis preguntas.

—Sí, el señor Larmont estuvo aquí.

—¿A qué hora?

—A las seis y media.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las ocho y media.

—Estás mintiendo, Lynne.

—Le digo la verdad.

—Nils Larmont llegó al club, pero salió en seguida de hablar contigo.

—No, señor. No hizo eso. Se quedó aquí todo el rato, hasta las ocho, más o menos. —Quiero que sepas una cosa, Lynne. Si mientes, te harás cómplice de un asesinato—. No le estoy mintiendo.

Ronald empujó a Lynne contra los anaqueles donde descansaban las botellas e hizo un gran estropicio, porque dos de ellas se estrellaron contra el suelo.

—Ahora tendrá que pagarlas —dijo el mozo.

—Deberías tener más cuidado, Lynne. No debes servir a los clientes con tanto entusiasmo.

Ronald dejó un billete de a dólar sobre el mostrador y se marchó de allí.

CAPÍTULO VI

Alice Meyen estaba bajo la ducha cuando sonó el timbre de la puerta.

Se quitó el gorro de baño y se cubrió con el albornoz.

El timbre seguía sonando.

—Ya voy... Ya voy...

Metió los pies en las chinelas, y salió del cuarto de baño, cruzando el *living*.

Abrió la puerta, y vio a un hombre alto en el corredor.

—Creí que estaba ardiendo la casa.

Ronald la miró de pies a cabeza, y dijo:

—Ahora es cuando podía arder.

Alice abanicó las pestañas, y estrechó el escote, cuyo vértice estaba por el estómago.

—¿Quién es usted, y qué quiere?

Ronald le entregó una de sus tarjetas profesionales.

Alice la leyó y dijo:

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor Russell?

—Hacerle preguntas.

—Está bien. Pero tendrá que esperar a que me vista.

—No hay prisa, señorita Meyen.

Ronald quedó solo en el *living* y, después de sentarse en el sofá, encendió un cigarrillo.

¿Por qué había aceptado como cliente a Nathalie Ericson? Según la policía, no había duda de que Lawrence Kelly había matado a Harry Furst, clavándole un abrecartas en la espalda. En primer lugar, había existido un motivo. Poco antes, el señor Furst había despedido a Lawrence. Hasta sobrevino una discusión, como habían alegado las dos secretarias de Harry Furst. También existía la oportunidad. Kelly se había entrevistado con Harry Furst después que todos los empleados abandonaron las oficinas de la editorial y,

según el testimonio de Will Brown, la única persona que había subido a ver a Furst, a la hora aproximada del crimen, era Lawrence Kelly, y sólo Kelly había bajado en la «jaula», pocos minutos después.

Alice regresó, cubriéndose con unos pantalones muy monos, de color azul brillante y una blusa roja.

—¿Quiere beber algo, señor Russell?

—Nada, gracias.

—¿Quién le envía?

—¿No lo supone?

—La prometida de Lawrence Kelly.

—Sí. ¿La conoce?

—La vi en un par de ocasiones. Lawrence me la presentó. Parece una buena chica.

—Lo es. Y ella cree que su prometido es inocente.

Alice no dijo nada.

Caminó hacia el mueble bar y sacó una botella de *whisky*.

—¿Está seguro de que no quiere beber un trago?

—Está bien. Sirva una ración.

Alice escanció en dos vasos.

Ronald tomó uno de ellos y bebió un sorbo.

—¿Odiaba a su jefe, Alice?

—¿Por qué había de odiarlo?

—Hice yo la pregunta.

—Claro que no. Era mi patrón. Y yo llevaba seis años trabajando con él.

—No parece muy condolida por su muerte.

—Soy una mujer que sabe enmascarar sus sentimientos.

—Sí, ya veo que sí.

—¿Hay una segunda intención en sus palabras?

—¿Tenía motivos para matar a Harry Furst?

—Creo que ya respondí a su pregunta.

—¿Qué tal se llevaba con su jefe?

—Con normalidad.

—Está mintiendo.

Alice Meyen atirantó los músculos del rostro.

—Es muy poco caballeroso por su parte decir que soy una embustera.

—Lo es —dijo Ronald, sin inmutarse.

—¡Salga de aquí inmediatamente!

—No, hasta que haya terminado mi diálogo con usted.

—Ya ha terminado, y por eso le digo que se marche.

En ese momento se abrió la puerta del apartamento y entró un hombre fornido, de nariz chata y cejas espesas.

Se detuvo y señaló a Ronald con el dedo.

—He oído lo último que dijo. Levántese y salga, antes de que lo aplaste como una cucaracha.

Ronald miró al tipo y luego a Alice.

—¿Quién es él?

—Un amigo.

—Dígale que se largue y que vuelva dentro de un rato.

—El recién llegado lanzó una carcajada.

—Eh, muchacho. De aquí va a desaparecer alguien, pero no voy a ser yo. Contaré hasta tres, y si para entonces no se ha hecho humo, se va a arrepentir.

—Uno, dos y tres —dijo Russell, y continuó sentado.

El tipo de la nariz chata y las cejas espesas sacudió los puños como mazas. Al llegar ante Ronald, disparó el derecho.

El joven saltó como impulsado por resortes, burlando la acometida de su enemigo. Luego percutió el hígado de su rival.

Nariz Chata retrocedió, soltando aullidos de dolor.

—¡No quiero que peleen! —gritó Alice—. Dick, estate quieto.

El llamado Dick hizo rechinar los dientes.

—No te metas en esto, amor. Lo voy a dejar para que lo recojan como desperdicios.

Se abalanzó sobre Donald, pero ahora éste no le dejó llegar. Lo detuvo pegándole en el plexo solar, y luego disparó la derecha al mentón.

Dick saltó en el aire y se desplomó sobre los cuartos traseros, apoyando la espalda en la mesa ratona. Estaba casi desmayado.

—Es usted un salvaje, señor Russell —dijo Alice.

—¿Qué quería? ¿Que me dejase convertir en desperdicios?

—Usted tuvo la culpa. No debió venir nunca.

—Estoy realizando una investigación, porque para eso me pagan.

—No hay necesidad de investigación.

—¿Por qué no?

—La policía tiene al culpable.

—Para mí todavía no se esclareció ese crimen.

—Si lo que pretende es hacer un trabajo para justificar sus honorarios, ya terminó la visita. Ahora, lárguese.

—Está bien, Alice, no me deja usted opción. También tendré que pegarle duro a usted.

—¿Qué quiere decir?

—Me mintió antes. Entre usted y su jefe hubo algo más de lo que usted ha admitido... Sostuvieron relaciones íntimas.

—Le ha mentado quien le ha dicho eso...

—Fueron tan íntimas... que usted iba a tener un hijo de él...

—¡No!

—Él se iba a casar con usted... Le prometió que se divorciaría, y usted le creyó... De repente, surgió lo inesperado. Usted perdió ese hijo, antes de que pudiese nacer.

Alice estaba lívida.

—¿Quién le ha contado eso? ¿Quién...?

—El encargado del edificio, Frank Orbison, mediante el pago de cinco dólares.

—Ese tipejo indeseable... Me creyó una cualquiera. Lo rechacé, y ha querido vengarse.

—Es posible que haya querido vengarse, pero dijo la verdad...

De pronto, intervino Dick. Ya se había levantado, y miraba a Alice, con el labio inferior colgante.

—¡Di que es mentira, Alice! ¡Di que todo eso es una patraña...! ¡No ibas a tener ningún hijo con tu jefe...!

Hubo un silencio, y Alice movió la cabeza.

—Es verdad, Dick.

—¡No, no lo es!

—Harry era un canalla, pero yo me di cuenta damascado tarde... Lo siento. Debí contártelo.

Dick se dejó caer en un sillón. Estaba abatido.

—Alice —dijo Ronald—. Ahora ha de aclararme unas cuantas cosas.

—Pregunte —asintió la joven, llevando aire a sus pulmones.

—¿Volvió usted ayer a la oficina, después de haber salido?

—No.

—¿Adónde fue?

—Vine andando hacia aquí.

—¿No cree que está demasiado lejos?

—Sí. Pero tenía ganas de dar un paseo.

—¿Encontró algún amigo en el camino?

—No.

—¿Oyó usted la discusión entre Lawrence Kelly y el señor Furst?

—Sí. Escuché parte de ella.

—Y, entonces, usted creyó que era el momento oportuno para llevar a cabo su venganza.

—No sé de qué me habla.

—Se la juró a Harry Furst, después que él le hizo aquella pasada.

—Se equivoca. Yo no lo maté.

—Si usted pensaba que su jefe era un canalla, ¿por qué continuó con él, después de la forma en que se había comportado con usted?

—El me pagaba un buen sueldo.

—A veces, el dinero no lo significa todo. En su caso, hubiese estado más justificado que buscase empleo en otra parte...

—Admito que habría sido más honesto. Pero no lo hice, porque ya estaba acostumbrada. Me consideré culpable de lo que había pasado. Al principio, me fue violento continuar viendo a Harry, pero al cabo de unos meses, me alegré de haberme quedado allí, porque el señor Furst dejó de tener importancia para mí, me llegó a ser indiferente. A usted le parecerá increíble, pero es cierto.

—Sí. Me resulta un poco difícil de admitir, a no ser que, como dije antes, se quedase allí a la espera de una oportunidad de ajustarle las cuentas. Y esa oportunidad la perdería para siempre, si se marchaba de la oficina. Usted vio llegado el momento cuando oyó discutir a Lawrence Kelly y Harry Furst... Es posible que lo pensase cuando vio a Lawrence Kelly en el bar Alamein.

—No entré en el bar Alamein, después de salir de la oficina.

—Voy a suponer por un momento que lo vio. Entonces sumó dos y dos... Pensó que Lawrence estaba allí porque quería volver para hablar con Harry Furst. Usted sabía que Furst se quedaba en la oficina hasta las ocho. Y entonces llegó su oportunidad para eliminar a su jefe.

—Está diciendo tonterías.

—Usted no utilizó el ascensor. Subió por la escalera y, de esa

forma, burló la vigilancia de Will Brown. Fue derecha al despacho de Furst y, allí mismo, hizo lo que tenía que hacer... Clavar el abrecartas en la espalda del hombre que había sido su amante.

—¡Cállese, maldito sea! —exclamó Alice.

Dick estaba más hundido en el sillón, sin intervenir para nada en el diálogo.

—Alice —dijo Ronald—, un hombre inocente va a pagar la muerte de Harry Furst.

—No sé si es inocente o es culpable, lo único que yo puedo decir, es que no maté a Harry Furst. ¿Lo oye bien? ¡No regresé a la oficina! Por difícil que le parezca, me tenía sin cuidado el señor Furst. Estoy enamorada de Dick Crabbe —miró al hombre de las cejas espesas—. Sí, Dick, te quiero a ti, pero desde luego, quedas desligado de tu promesa y no te recriminaré, porque estás en tu derecho.

Dick Crabbe se miró la punta de sus zapatos y no dijo nada.

Ronald se dirigió hacia la salida.

—Ya puede estar satisfecho, señor Russell —dijo Alice.

Ronald se volvió en la puerta.

—Fue usted quien dio lugar a esto... Dígame, Alice, ¿quién era el visitante que esperaba Furst?

—No sé de nadie que el señor Furst esperase después de las horas de oficina.

Ronald emitió un gruñido y salió de la habitación.

CAPÍTULO VII

Margaret acudió a abrir la puerta de su apartamento, después de oír sonar el timbre. Al ver al hombre que estaba en el corredor, dijo:

—Usted debe ser Ronald Russell, el investigador privado.

—¿Quién se lo dijo?

—Nils Larmont me llamó hace un rato para decirme que un sabueso trataría de comprobar todos mis pasos.

—A Larmont le voy a aplastar la nariz.

—Espero que no lo haga conmigo —dijo Margaret.

Margaret Jean era bonita, muy esbelta.

—Me disponía a salir —dijo—. Sólo le puedo conceder unos minutos.

—Bastarán —replicó Russell, entrando en el apartamento.

—Me temo que no podré ayudarle en nada —dijo Margaret.

—¿Abandonó la oficina sola, cuando terminó ayer la jornada de trabajo?

—Sí.

—¿Adónde fue?

—Vine aquí.

—El encargado no la vio entrar.

—Él no estaba en ese momento.

—¿Estuvo todo el rato aquí?

—No. Salí al cabo de quince minutos.

—El encargado tampoco la vio.

—Yo sí vi al señor Ayres. Estaba de espaldas.

—¿Fue a alguna cita?

—Eso no le interesa a usted.

Russell sacó su paquete de cigarrillos.

—¿Fuma, señorita Jean?

—No. Gracias.

Ronald encendió un cigarrillo y, mientras expulsaba el humo,

preguntó:

—¿Quién era el visitante que esperaba Harry Furst, después que usted y Alice Meyen se marcharon de la oficina?

—El señor Furst no me dijo que esperase a nadie.

—¿Odiaba al señor Furst?

—Me era indiferente.

—¿Su relación con él era simplemente la de un jefe y una empleada, o había algo más?

—Bastardo...

—No debe molestarse por mi interrogatorio. Estoy tratando de descubrir la verdad.

—Busque por otra parte.

—Creí que usted me podría ayudar.

—Se equivocó, señor Russell. No sé más que cualquier otra persona.

—¿Oyó la discusión entre Harry Furst y Lawrence Kelly?

—Sólo unas cuantas frases.

—¿Vio a Lawrence Kelly en el bar Alamein, al salir de la oficina?

—No. Seguí el camino opuesto.

—¿Quién cree que pudo matarlo?

—Lawrence Kelly.

—¿Nadie más?

—No conozco a otra persona que pueda ocupar el puesto del asesino.

Russell sacudió la cabeza.

—Dijo la verdad cuando me advirtió que me iba a servir de poca ayuda.

—Lo siento.

—No se preocupe. Gracias por recibirme.

Russell hizo un saludo con la mano y salió de allí.

Al llegar a la calle, se dirigió a donde había dejado el coche.

Tenía que hacer ahora la visita más interesante. A la viuda.

La señora Furst vivía en un lujoso edificio de apartamentos.

No estaba preparado para contemplar a la hermosa mujer enlutada que lo recibió. Frisaba en los treinta y cinco años. Poseía grandes ojos negros y labios sensuales. Ronald entregó una de sus tarjetas.

—No comprendo, señor Russell —dijo la señora Furst, después

de leer la tarjeta—. Trabajo para el acusado, aunque no fui contratado por él, sino por su prometida, Nathalie Ericson.

—¿Existe alguna duda respecto a que Lawrence Kelly no matase a mi marido?

—Yo creo que él no lo hizo.

La señora Furst se mordió el labio inferior.

—Está bien, pase.

Russell penetró en un *living* lujosamente amueblado.

La señora Furst le indicó un sillón, y ella se sentó en el de enfrente, pero no cruzó las piernas.

—Señora Furst, hasta ahora mi investigación se ha limitado a descubrir la identidad de cierto visitante que su esposo debía recibir después de las horas de oficina, cuando todos los empleados se habían marchado.

—¿Quién le dijo eso?

—Su esposo informó a Lawrence Kelly.

—Oh, sí, conozco la declaración del señor Kelly, pero desde el primer momento pensó que era una patraña.

—¿Por qué?

—Naturalmente, fue una invención del señor Kelly. El y mi esposo estaban a solas en la oficina y, después de matarlo, quiso hacer recaer las sospechas sobre ese misterioso visitante. Era su única defensa: llevar al ánimo de la policía que un desconocido había matado a Harry.

—Pudo ser verdad.

—Todo está muy claro, señor Russell. Mi esposo despidió a Kelly y él se quiso vengar. Eso dio lugar a que el acusado se sintiese resentido... Discutieron y Kelly, llevado por la ira, mató a Harry.

Russell hizo una pausa.

—¿Cómo se llevaba con su esposo, señora Furst?

—Nuestras relaciones eran normales.

—No la creo, señora.

Los ojos de la viuda centellearon.

—Es usted un mal educado, señor Russell.

—Tranquilícese.

—Yo estoy muy tranquila. Es usted quien ha perdido la compostura al hacerme esa pregunta acerca de las relaciones de mi marido y yo.

—¿Dónde estaba usted cuando lo mataron?

—Había salido.

—Le he preguntado dónde estaba.

—Fui de compras.

—¿Dónde compró?

—En muchos sitios.

—Dígame alguno de ellos.

—En los almacenes Carpenter.

—Sabía que nombraría uno de esos grandes almacenes donde entran los clientes a millares. Seguro que no podrá señalarme un solo dependiente de los que la atendieron.

La señora Furst se levantó de un salto y apretó los puños contra los muslos.

—Ya sé por dónde va, señor Russell. Sugiere que yo maté a mi marido. Que yo era el misterioso visitante que él esperaba después de las horas de oficina.

—¿Fue usted?

—No, señor Russell. No pisé la oficina de mi marido en todo el día de ayer.

—Pero no puede justificar su tiempo... Y también me mintió en cuanto a que Harry y usted se llevaban bien.

—¿Cómo se atreve a decir eso?

—Ninguna esposa se puede llevar bien con su marido, cuando sabe que él la engaña con otras mujeres.

Ronald hacía un disparo en el vacío, pero no podía hacer otra cosa.

La señora Furst encajó aquel golpe. Sus mejillas enrojecieron.

—No voy a seguir escuchándole, señor Russell.

—¿Con quién la engañaba él últimamente?

—Váyase al infierno.

—Quizá usted le dio oportunidades a su esposo. Puedo ver lo que fue su matrimonio. Cada vez que Harry salía con una mujer y volvía a su lado, él le aseguraba que no habría otra más, y usted lo creía... Hasta que usted se cansó.

—Y entonces decidí matarlo, ¿verdad?

—Quizá hizo eso o pudo hacer otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Buscar un amante, como compensación.

La señora Furst rió con sarcasmo.

—Es usted un detective muy malo...

—Señora Furst, ahora es el momento de aclarar las cosas.

—No hay nada que aclarar.

—Yo creo lo contrario, señora. No me dijo la verdad, pero voy a dar con ella.

—No se vuelva a cruzar en mi camino, señor Russell.

—¿Quién es él?

La viuda respiró profundamente.

—Lárguese.

—Lo voy a averiguar, de todas formas. Por eso, señora Furst, sería preferible que contase con su colaboración.

—Ya se la di.

Ronald se puso en pie.

—Si cambia de opinión, llámeme.

—No voy a llamarlo, y le ruego que no vuelva por aquí.

—Eso ya no depende de mí.

—Hablaré con el teniente Simons.

—¿Para qué va a hablar con el teniente Simons?

—Para decirle que usted me ha estado molestando y que me ha amenazado.

—Puede hacerlo, si gusta. Nadie se lo impide.

—No dude que lo haré, si lo vuelvo a ver.

Ronald Russell se encaminó hacia la puerta.

—Hasta la vista, señora Furst... Perdone que no le dé mi pésame, pero tengo la impresión de que sería innecesario.

—Es usted un hijo de perra.

Ronald dirigió una sonrisa a la señora Furst, y salió del apartamento.

La viuda de Harry Furst quedó unos momentos inmóvil. Finalmente se dirigió hacia la mesa y marcó nerviosamente un número.

—¿Henry?... —dijo, cuando se estableció la comunicación—. No puedo acudir a la cita... Me visitó un investigador privado... Parece que sospecha algo... No, Henry, no son fantasías mías... Me hizo preguntas... Una de ellas me alarmó mucho. Preguntó si yo tenía un amante... Sí, Henry... Tendremos que dejarlo para mañana... Él se llama Ronald Russell...

Después, la señora Furst colocó el auricular en la horquilla.

CAPÍTULO VIII

—¿Adónde va, señor? —preguntó el ascensorista.

—Al piso más alto —contestó Russell.

El empleado apretó el último botón y la «jaula» inició el viaje.

—Will —dijo Ronald.

—¿Me conoce, señor?

—Sí, me habló de ti una persona.

—Bueno, yo conozco a mucha gente...

—La persona a la que yo me refiero quiere saber si cumpliste.

Will Brown arrugó el ceño.

—No le comprendo.

—Te lo explicaré un poco mejor. Tú debías mantener la boca cerrada. Esa persona vino a visitar a Harry Furst después de las horas de oficina.

Hubo un silencio y Will Brown se puso muy serio.

—Oiga, ¿quién es usted?... Y no me diga que es de la policía, porque no le voy a creer.

—No, no lo soy... Sólo un investigador privado, y mi nombre es Roland Russell. Will paró el ascensor.

—Entiendo. No va a ninguna parte. Sólo subió aquí para sonsacarme...

—¿Te debo sonsacar algo, Will?

—No, claro que no, y por eso no debo molestarme.

Will apretó el timbre de bajada.

—Cuando lleguemos, usted se irá a la calle —agregó.

—Me iré en cuanto me hayas dicho lo que vine a buscar.

—¿Qué es lo que le tengo que decir?

—Harry Furst esperaba a una persona, y tú la viste.

—La única persona que subió a ver al señor Furst fue el señor Kelly.

—Después de él, subió otro.

—Oh, sí. Esa persona que le envía, No le salió bien la trampa, señor Russell.

Ronald se acercó al tablero de mandos y, antes de que Will pudiese impedirlo, detuvo la jaula.

—Eh, usted, ¿por qué hace eso?... Soy yo el que maneja este ascensor.

Ronald permaneció con la mano en el tablero, y con la otra sacó de su bolsillo un fajo de billetes.

—Esto lo podemos arreglar con dinero, Will.

—No lo intente.

—Entonces, si falla la plata, sólo quedará otro camino.

—¿Qué otro camino?

—El de los puñetazos.

—No habla en serio...

Ronald atrapó por el cuello de la camisa a Will y lo empujó contra la pared del ascensor.

—¡No me toque, señor Russell, o le pesará!... ¡Lo denunciaré a la policía!

—Tendrás que hacerlo desde el hospital.

Will Brown sacó la mano del bolsillo. Tenía allí un cuchillo.

Ronald lo atrapó por la muñeca.

—¿Qué ibas a hacer, Will?

—Suélteme, maldito...

—Eso está muy feo —dijo, y le pegó un puñetazo en el pómulo.

Luego, Ronald le dobló la muñeca y Will dejó caer el cuchillo en el suelo.

—Creo que ya tengo al asesino —dijo Russell.

—¿De qué está hablando?

—Tú lo mataste, Will.

Brown agrandó los ojos.

—Está chiflado... ¿Se refiere a que yo maté al señor Furst?

—No vine aquí para investigar la muerte del presidente Kennedy.

Ronald cogió el cuchillo del suelo, y lo puso delante de los ojos de Will.

—¿Cómo mataron a Harry Furst?... ¡Contesta, Will!

—Con un abrecartas.

—Y tú ibas a utilizar conmigo este juguete.

—Sólo iba a defenderme... Usted me quería pegar.

—¿A quién proteges? ¡Vamos, dilo de una vez!

No protejo a nadie.

Ronald le pegó con el dorso de la mano en la boca. Will soltó un chillido.

—¿Quién vino a ver al señor Furst? —repitió el investigador.

—El pintor...

—¿Qué pintor?

—Henry Sinclair.

—¿Sobre qué hora vino?

Unos minutos después que subiese Lawrence Kelly.

—¿Cuántos minutos?

—Cinco o seis.

—¿Cuánto tiempo estuvo el pintor con el señor Furst?

—Volvió en seguida.

—¿Cuánto tiempo es en seguida?

—Dos o tres minutos, diría yo.

—¿Qué dijo?

—Que el señor Furst estaba muerto.

—Muy emocionante.

—Parecía muy asustado. Dijo que al señor Furst lo habían matado con un cuchillo. —¿Por qué no avisaste a la policía?

—Bueno, el señor Sinclair me dio dinero.

—¿Con cuánto te sobornó?

—Tengo mujer y tres hijos. Ella está enferma y uno de mis hijos sufrió la parálisis infantil. Necesitaba dinero, lo tuve que pedir a mucha gente, y sólo soy un ascensorista. Sinclair me entregó trescientos dólares, pero me dijo que, a la semana próxima, cuando todo esto pasase, me daría algo más.

—Eres un estúpido, Will. ¿No te preguntaste que podías estar ayudando a un asesino?

—El señor Sinclair no es un asesino.

—¿Por qué no?

—Ya le dije que sólo estuvo arriba dos o tres minutos.

En esos minutos pudo haber apuñalado a Harry Furst.

El señor Kelly estuvo más tiempo, y fue también él quien subió primero. Tuvo que hacerlo él...

No saques conclusiones tan a la ligera, Will. Me estoy dando

cuenta de que a Furst lo pudo matar mucha gente. Hubo dos hombres que utilizaron el ascensor: Lawrence Kelly y Henry Sinclair, pero otras personas pudieron subir por la escalera.

—Es posible.

—¿No viste a nadie más?

—No, señor. Yo sólo me ocupo del ascensor.

—Anda, aprieta el botón de bajada.

—¿Se lo va a contar a la policía, señor Russell?

—Quizá tenga que hacerlo.

—Eso será mi ruina... Me despedirán.

—Debiste pensarlo antes.

Russell salió del ascensor y poco después ganaba la calle.

Henry Sinclair oyó la campanilla del teléfono y descolgó.

—Sí, soy yo... ¿Qué te pasa, Linda?

—Estoy muy nerviosa.

—Hasta ahora no ocurrió nada. Ese condenado detective no se dejó ver.

—Hemos de vernos, Henry...

—Ni pensarlo.

—Necesité verte, hablar contigo...

—Hemos de esperar unos días.

—No podré soportarlo, Henry... Estoy muy sola y, si tú no me ayudas, me volveré loca.

—Tómate un par de comprimidos.

—No puedo...

—Tienes que recuperar la serenidad.

—Ya lo he intentado, y es inútil.

En aquel momento sonó el timbro de la puerta.

—Linda, he de colgar.

—No, por favor, no lo hagas.

—Tengo visita.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—Prométeme que me llamarás luego...

—Está bien, Linda. Te llamaré.

—No lo olvides, Henry, por favor. Me encuentro mejor cuando oigo tu voz.

Sinclair colgó el auricular y caminó hacia la puerta. La abrió de

golpe.

—¿Puedo pasar, señor Sinclair?

—¿Quién es usted?

—Ronald Russell, investigador privado. Trabajo en el asesinato del señor Furst.

Sinclair sacudió la cabeza con pesar.

—Una irreparable pérdida.

—Quiero hacerle algunas preguntas relacionadas con el asunto.

—Pase.

Henry Sinclair frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era de talla media, moreno, de cabello rizado. Se cubría con una camisa azul, pantalones blancos y mocasines.

—¿Un cigarrillo, señor Russell?

—Muchas gracias, fumaré de los míos.

Tras una pausa para encender. Sinclair preguntó:

—¿Qué quiere saber, señor Russell?

—¿Por qué mató a Harry Furst?

Hubo otro silencio.

De pronto, Sinclair se echó a reír.

—¿Qué espera conseguir con eso?

—Quizá una confesión...

—Muy bien, se la daré. No tengo nada que ver con la muerte de Harry Furst.

—No puedo creerle, señor Sinclair.

—¿Por qué no?

—Usted fue la última persona que vio vivo a Harry Furst.

—En absoluto. No veía al señor Furst desde hace cinco días.

—Gracias por mentirme de nuevo, porque eso aclara un poco más las cosas.

—¿En qué sentido las aclara?

—Usted estuvo en la oficina de Harry Furst... Usted era el visitante que él esperaba, antes de que lo matasen, y ya no puede seguir negando, porque Will Brown cantó.

—¿Quién es Will Brown?

—Está adoptando una actitud estúpida, señor Sinclair. Usted pagó a Brown trescientos dólares para que silenciase su visita a Harry Furst, y le prometió que, pasados unos días, le daría más dinero.

—¿Eso dijo ese hombre?

—Sí.

—¿Cómo sabe usted que es verdad? ¿Por qué no pudo mentir él?

—No estaba en situación de mentir.

—Entiendo. Empleó usted la fuerza física.

Russell no contestó nada.

Henry Sinclair sonrió de nuevo. Alargó una mano y golpeó el cigarrillo en un cenicero.

—Suponga que no admito nada de eso. ¿Va a emplear también conmigo la fuerza bruta, señor Russell?

—Usted es demasiado inteligente para que me obligue a hacerlo, señor Sinclair.

—Sí, ya veo que sacaría a relucir sus hábitos de hombre de las cavernas. De modo que tendré que admitir algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Es cierto que estuve a ver a Harry Furst.

—¿Qué habló con él?

—Nada, no hablé nada, porque él no estaba en disposición de hacerlo.

—¿Quiere decir que él ya estaba muerto?

—Sí, eso es lo que le habrá dicho también ese hombre, Will Brown...

—¿Por qué compró, entonces, su silencio?

—No tuve más remedio que hacerlo.

—Convénzame.

—Me habrían culpado de la muerte de Furst.

—Pudo salir inmediatamente de la oficina y llamar a gritos a Will Brown.

—Salí de allí en seguida.

—Will dijo que invirtió dos o tres minutos.

—Sólo invertí el que necesité para salir de mi sorpresa. Le aseguro que no me encuentro con cadáveres todos los días.

—¿Vio a Lawrence Kelly?

—No, no lo vi.

Russell observó su cigarrillo y dijo:

—¿Cuál fue el objetivo de su visita a Furst?

—Me iba a enseñar un libro de gran valor.

—¿Qué libro?

—El Cantar de los Cantares, de Salomón... Harry me llamó al mediodía aquí. Había conseguido el libro por un buen precio. Era una edición del año 1615. Sólo se conocen dos ejemplares en el mundo.

—¿Vio el libro?

—No, no lo vi, aunque lo busqué por la mesa.

—¿No lo buscó por los cajones?

—Sólo miré en uno de ellos.

—Me imagino que utilizaría un pañuelo, para no dejar sus huellas.

—Sí.

—¿Todo eso en dos o tres minutos?

—No miré el reloj. Pero sólo invertí ese tiempo. Cuando vi que no encontraba el libro, pensé que indudablemente habían matado a Harry por esa razón.

—¿Cuánto vale ese libro?

Unos ciento cincuenta mil dólares.

—No está mal.

—Ahí tiene el motivo por el que mataron a Harry Furst.

—Lo cual quiere decir que el asesino era un entendido en la materia.

Russell rió, sin apartar la mirada del rostro de su interlocutor, y éste le dijo:

—¿Puedo saber dónde está la gracia, señor Russell?

—Según la policía, Kelly asesinó a Harry porque había sido despedido.

—Sí, ya lo leí en los periódicos.

—Y ahora usted dice que la causa del asesinato fue El Cantar de los Cantares, de Salomón.

—Kelly puede ser el asesino. Sólo cambiaría la razón del crimen. Tenga en cuenta que él escapó de allí. Tuvo tiempo para esconder el libro en cualquier parte.

—Sí, podría ser.

—Celebro que le guste.

—Pero su historia tiene un pequeño defecto.

—¿Cuál?

—Que ha podido inventarla. ¿Quién nos dice que Harry tenía realmente el libro en su poder? ¿Le dijo el muerto el nombre del

vendedor? Entonces, yo podría hacer la comprobación.

—Lo siento, señor Russell, pero no me informó sobre el vendedor.

—Ya lo suponía.

—Siento mucho que no me crea.

—¿Pinta aquí, señor Sinclair?

—No. Tengo mi estudio.

—¿Dónde?

—En la calle Los Robles. ¿Le gusta el arte, señor Russell?

—Sólo lo que entiendo.

—Yo tengo cuadros que puede entender cualquier persona.

—Quizá vaya a echarles un vistazo. —Ronald se levantó.

—¿Ya se va, señor Russell?

—Tengo trabajo en otro sitio. He de seguir investigando.

—¿Va a decir a la policía lo que silencié?

—Le contestaré lo mismo que a Will Brown. Es muy posible que la policía lo tenga que saber. Yo me debo a mi cliente, y usted tuvo oportunidad, como Lawrence, para asesinar a Furst.

—Pero, recuérdelo, no tuve ninguna razón para matarle.

—Pudo hacerlo para quedarse con el libro *El Cantar de los Cantares*.

—No sea ingenuo, señor Russell. Tengo mucho dinero. Soy uno de los pintores mejor pagados del país... Y mí «*hobby*» no son los libros raros. Por otra parte, todos ignoraban la existencia de ese libro. Si yo hubiese matado a Furst por la posesión de esa edición rara, lo hubiese silenciado... ¿No le parece?

—Muy lógico, señor Sinclair. Todo muy lógico.

—Gracias.

Russell se encaminó hacia la puerta y Sinclair fue detrás de él.

—Investigaré lo del libro, señor Sinclair.

—Es una buena idea, pero si yo estuviese en su lugar, preguntaría a Kelly dónde guardó *El Cantar de los Cantares*.

—Quizá lo haga —dijo Ronald, y salió del apartamento.

La puerta se cerró y Sinclair permaneció inmóvil.

Al cabo de un rato, oyó que el ascensor bajaba. Abrió la puerta y vio que en el corredor no había nadie.

Entonces cerró y se dirigió hacia el teléfono.

Marcó el número de la señora Furst.

Casi en seguida descolgaron a la otra parte.

—¿Sí? —Oyó la voz de ella.

—Hola, Linda.

—¿Quién era tu visitante?

—El «sabueso».

—Dios mío.

—Cálmate. No sabe nada de lo nuestro.

—¿Para qué fue a verte?

—Ese condenado ascensorista no supo cerrar la boca. Le contó mi visita. Pero me defendí bien ante el señor Russell. Le dije la verdad acerca de la cita que me dio Furst para enseñarme su libro raro. Investigaré por ese lado.

—Tengo miedo, Henry. Al final se sabrá la verdad... Quiero decir...

—Ya sé lo que quieres decir.

—Ven a verme.

—¿Estás loca? Ahora puedo hacerlo menos que nunca. Ya te dije que has de tranquilizarte.

—Cada vez las cosas están peor para nosotros.

—Son imaginaciones tuyas. Están igual que antes. Ya te advertí que lo esencial es que ninguno de los dos pierda la serenidad.

—Sí, Henry.

—Quizá vaya a verte esta noche.

—Sería maravilloso.

—Depende de la marcha de los acontecimientos. Si voy, te avisaré.

—No me moveré de aquí.

—Sería mejor que salieses a dar un paseo. Un poco de oxígeno te vendría bien.

—No podré.

—Está bien.

—Te quiero, Henry, te quiero...

El pintor soltó un gruñido, y dejó el auricular en la horquilla.

Minutos después salía de la casa.

Montó en su auto, un convertible, y fue a la calle de Los Robles, donde se ubicaba su estudio.

Dejó el auto en la cochera y abrió la puerta de la casa.

Todo estaba en silencio.

Subió por la escalera al estudio.

Al entrar, se detuvo al ver al hombre que estaba sentado en un sillón, frente al gran ventanal.

Era Ronald Russell, el investigador privado.

—¿Otra vez usted?

—Recuerde, usted me invitó a venir...

—Se supone que la invitación servía para cuando yo estuviese aquí.

—Ah, perdón. Seguramente me di demasiada prisa.

—¿Cómo entró?

—Todos los detectives tenemos una llave maestra.

—Eso es allanamiento de domicilio y, según creo, la ley lo castiga duramente.

—Sí, es posible. Pero la ley castiga con más dureza el asesinato. En este Estado lo llevan a uno a la cámara de gas.

—Creí haberle dicho que no tengo nada que ver con la muerte de Harry Furst.

—Ahora sí que tiene que ver, señor Sinclair.

—¿Por qué?

—Porque di con la razón que usted podría tener para desear la muerte de Harry Furst.

Ronald metió la mano bajo el almohadón y sacó un retrato con un buen marco.

—Usted tomó la precaución de retirar esta fotografía del lugar donde estaba. Probablemente aquí mismo, en aquella consola. Pero no la destruyó. Se limitó a guardarla en la buhardilla, y fue allí donde yo la encontré.

La fotografía era la de la señora Furst, y estaba dedicada. La dedicatoria decía:

«A ti, Henry, mi único amor. De tu Linda».

CAPÍTULO IX

Henry Sinclair se puso a aplaudir.

—Bravo, señor Russell.

Ronald inclinó la cabeza, aceptando el aplauso.

—¿Desde cuándo son ustedes amantes?

—Digamos unos seis meses.

—¿Y cuándo decidieron matar a Harry Furst?

—Nunca.

—Vamos, señor Sinclair. Ahora tenemos que hablar en serio.

—Yo ya lo estoy haciendo.

—Entonces, le diré cómo pasaron las cosas.

—Ande, cuente la fábula, abuelito.

Harry Furst descubrió lo que existía entre usted y su mujer y decidió vengarse. Lo citó en su oficina para matarlo. Fue Harry quien quiso librarse de usted. Quizá fue a sacar un revólver, y usted atrapó el abrecartas y lo mató en legítima defensa.

No me gustó la fábula, abuelito.

—¿Por qué no?

Es deleznable. Usted quiere que yo le conteste que pasaron así las cosas. Soy un pintor famoso, me puedo pagar al mejor abogado. Usted ha creído que con una legítima defensa, yo quedaré libre.

—Sí, es posible.

—Pero no admitiré nada de lo que ha dicho, porque nada es correcto.

—Corríjame las partes equivocadas.

—Todo está equivocado, Russell. Desde el principio al fin.

El detective levantó la fotografía de la señora Furst.

—Dígame que también esto es un espejismo. Que sólo lo veo yo...

El pintor dio un suspiro.

—Linda y yo nos queremos.

—Qué romántico.

—Puede reírse lo que quiera, detective. Pero no cambiarán nada mis sentimientos hacia Linda. Todo lo demás pasó como yo dije, Furst me llamó para enseñarme la edición cara de El Cantar de los Cantares. Cuando llegué allí, ya estaba muerto, y no vi el libro por ninguna parte. Me asusté porque pensé que yo sería el mejor candidato para la cámara de gas. Y por eso compré el silencio de Will Brown. Eso es todo, señor Russell.

—No, señor Sinclair. Palta aclarar muchas cosas.

—¿Qué es lo que he de aclarar?

—En primer término, ¿sabía Harry Furst que usted y su mujer sostenían relaciones íntimas?

—Lo ignoro.

—¿Podría contestar a eso la señora Furst?

—Ella sabe tanto como yo. Hubo momentos en que a ella le pareció que Furst estaba al corriente, pero luego lo rechazaba, ya que Harry nunca mencionó el asunto. —¿Por qué la señora Furst creía que su marido lo sabía?

—Ella estaba un poco asustada, porque Harry tenía un carácter violento, y Linda, no es precisamente una roca en cuanto a carácter. Le bastaba ver a su marido de mal humor para temblar, porque suponía que el estado de ánimo de su marido se debía a que se acababa de informar que ella le era infiel.

Ronald quedó pensativo unos instantes.

—Oiga, Sinclair —dijo—, su situación es tan mala como la de Lawrence Kelly.

—No lo creo.

—Yo diría que peor. Usted era el amante de la señora Furst. Usted fue la primera persona que vio muerto a Furst, o quizá la última persona que lo vio vivo... Sobornó a un empleado para que silenciara su visita a la oficina de Furst. Sume esos factores, y verá cuál es el resultado.

El pintor sacudió la cabeza.

—Siempre habrá algo a mi favor y que acuse más a Kelly. El tiempo, señor Russell. Yo sólo conté con dos o tres minutos, y Kelly dispuso de media hora. Además, él trataba de abandonar el país con falsa documentación... —Sinclair sonrió—. Comprendo que yo no soy su cliente, sino Kelly, y usted ha de encontrar otro sospechoso

para que aquél salga de la cárcel. Pero no le valdrán conmigo sus tretas. Ande, diga todo lo que sabe a la policía, de lo mío y de la señora Furst. Lo maldecirán porque sólo les va a producir dolores de cabeza. Lawrence Kelly continuará siendo el hombre que ellos necesitan para justificar su sueldo.

—Ha hecho una buena defensa de usted y de la señora Furst.

—Siempre me gustó ser abogado, y lo habría sido, si no hubiese empezado a cobrar caras mis pinturas.

Ronald se puso en pie, con el retrato en la mano.

—Deje eso, Russell.

—Tengo que llevármelo.

—A usted no le sirve.

—Sólo lo emplearé en caso de necesidad. Nunca me ha gustado enseñar los trapos sucios a nadie, salvo en un caso de emergencia.

—Confío en su palabra.

—Gracias por su comprensión. —Ronald se dirigió hacia la puerta.

—Russell, quiero hacerle otro ruego.

—¿De qué se trata?

—No vuelva a molestar a la señora Furst.

No se lo puedo prometer. Ella no justificó su tiempo. Dijo que estuvo de compras en unos almacenes.

—Y es cierto.

—¿Qué va a decir usted? Pero quizá la persona que busco es ella. Y no me vuelva a hablar de su falta de carácter, de su miedo. He conocido a muchas personas incapaces de matar a una hormiga y que apretaron el gatillo, apuñalaron y hasta trocearon a una persona.

—Oiga, Russell. No puede haber sido ella.

—Ni usted mismo puede jurar la inocencia de la señora Furst.

Sinclair titubeó unos instantes, y se mojó los labios con la lengua.

—No, no lo puedo jurar.

—Gracias por admitirlo.

Dicho esto, Ronald salió del estudio del pintor.

Ronald marcó el número de Alice Meyen.

Cuando descolgaron, oyó la voz de la rubia secretaria del fallecido Harry Furst.

—Señorita Meyen, soy Ronald Russell.

—Déjeme en paz.

—No cuelgue. Quiero hacerle una pregunta.

—Dese prisa, señor Russell. Soy alérgica a su voz.

—¿Oyó hablar del libro El Cantar de los Cantares?

—¿Ha bebido demasiado, señor Russell?

—No, señorita Meyen.

—Entonces, le gustan los jeroglíficos.

—Se trata de una edición del año 1615. Al parecer, el señor Furst tenía en su poder un valioso ejemplar que desapareció con su muerte.

—Nunca oí hablar al señor Furst de ese libro.

—¿Está segura?

—Claro que lo estoy.

—Eso era todo, señorita Meyen. Gracias.

Ronald colgó y marcó otro número. El de la segunda secretaria de Harry Furst, Margaret Jean.

Oyó tres veces la señal al otro lado, antes que descolgasen.

—¿Sí? —Oyó a la joven.

Dijo quién era y luego agregó:

—Señorita Jean, ¿cuánto pagó su jefe por el libro El Cantar de los Cantares?

—No me lo dijo.

Ronald sintió un escalofrío por la espalda.

—¿Cuándo lo compró?

—Hace unos seis o siete días.

—¿Dónde está ese libro?

—No lo sé. Imagino que lo dejaría en su casa...

—¿A quién compró el libro su jefe?

—Espere. Tengo que comprobarlo.

—No me retiro.

Ronald se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió.

—Señor Russell... —dijo Margaret Jean, por el hilo—. Creo que el vendedor se llama Mower. Es un librero, pero no sé dónde tiene su negocio.

—¿Vio alguna vez al señor Mower?

—No.

—Muy bien, señorita Jean —repuso Ronald y colgó.

Se encontraba en su oficina, que se ubicaba en la planta de un edificio donde trabajaban cuatro dentistas, seis médicos de distintas especialidades, ocho abogados y cuatro agentes de asuntos varios.

Después de reflexionar unos segundos, alargó la mano y tomó la guía telefónica. Buscó el nombre de Mower. Había varios, pero sólo uno tenía una librería en la calle Anunciación.

Se levantó para salir, y en aquel momento se abrió la puerta y entró Samantha.

—Llegas tarde, nena. Ya me iba.

—Para ti siempre es tarde cuando se trata de mí. He marcado tu número doce veces.

—Estuve trabajando.

—Yo hice algo mejor que tú.

—¿Qué quieres decir?

—Sé quién es el asesino de Harry Furst. —Samantha levantó la barbilla con altivez y, ante el silencio de Ronald, agregó—: ¿Es que no me vas a felicitar?

Ronald se apretó el puente de la nariz.

—Anda, dilo. ¿Quién es el asesino?

—El ascensorista.

—Will Brown, ¿eh?

Eso es, Will Brown. Estaba claro como el agua. No comprendo cómo has podido ir de un lado para otro.

—¿Te lo confesó él?

—No. Pero es como si lo hubiese hecho.

—¿Y por qué lo mató?

—Porque lo odiaba. El señor Furst lo trató con muy mala educación últimamente. Will Brown se encontraba en apuros económicos. Un día entró en el despacho de Furst, cuando todos se habían ido, y le pidió dinero.

—¿Cuánto le pidió?

—Quinientos dólares.

—Claro, y el señor Furst lo tiró a cajas destempladas.

—Hizo algo peor que eso.

—¿Qué hizo?

—Insultó a Brown. Le dijo que no le prestaría los quinientos dólares, y que, tal como estaban las cosas, dejaría de ser ascensorista... Will Brown le suplicó que olvidase su visita, que le

había pedido aquel préstamo, y que lo dejase seguir trabajando en el ascensor. Necesitaba el sueldo para seguir atendiendo a su familia.

—¿Te contó todo eso Will Brown?

—Sí.

Pero no te confesó que él había matado al señor Furst.

—Eso lo deduje yo.

Está bien, Samantha. Me vas a hacer un favor... Te quedarás aquí, mientras yo voy a hablar con Will Brown.

—Iremos juntos.

No. Iré yo solo. Ya sabes, cuando hay que atrapar a un criminal, se convierte en un trabajo peligroso.

—A tu lado no me pasaría nada.

—Eso nunca se puede decir.

—¿Cuánto vas a tardar?

—Pongamos una hora.

—Está bien. Puedes irte. Pero que no sea más de una hora.

Ronald llegó junto a Samantha, la tomó por la cintura y la besó suavemente en los labios.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella.

—El premio que te doy como ayudante de detective —contestó él, y salió de la oficina.

No tenía la intención de ir a hablar con el ascensorista. El destino de su viaje era otro: una librería de la calle Anunciación.

El negocio de Mower era pequeño, y se ubicaba en una vieja casa.

Abrió la puerta y se produjo un campanileo.

La tienda estaba envuelta en la semipenumbra, las paredes cubiertas por estanterías llenas de libros.

Vio a un hombre detrás de un mostrador, consultando un libro. Usaba gafas de alta graduación.

—¿El señor Mower?

—Sí, soy yo.

Ronald le calculó unos cincuenta años.

—Quiero ver una edición rara que tiene usted.

Hay muchas ediciones raras. ¿Cuál es la que busca?

—¡El Cantar de los Cantares, de Salomón, edición de 1615!

Hubo un silencio.

El señor Mower miró a Ronald por encima de sus gafas.

—¿Quién es usted?

Ronald Russell. Trabajo para unas cuantas librerías de Londres y de París.

—Lo siento, señor Russell. Pero no puedo proporcionarle el libro que me pide.

—¿No lo tiene?

—Ya lo vendí.

—¿A quién?

—Disculpe, pero no puedo dar el nombre de mi cliente.

—¿Por qué no?

—Cuando se trata de libros tan raros como ese que usted acaba de citar, prefiero guardar el secreto. Usted como profesional, debe comprenderlo. Hay libros raros que mucha gente busca con demasiada pasión, y ya sabe a lo que me refiero. A ladrones.

Me temo que esta vez no podrá guardar su secreto profesional, señor Mower. Su comprador fue asesinado. —Ronald señaló el diario que había sobre una silla—. Usted lo leyó.

—Usted no es un profesional, señor Russell —dijo el librero.

—Muy bien. Soy detective privado.

—¿Por qué me engañó?

—Lo tuve que hacer... En un caso de asesinato, las cosas no salen como uno quiere. Harry Furst murió acuchillado, y el libro que le compró a usted, El Cantar de los Cantares, ha desaparecido.

—¿Cree que fue la razón del crimen?

—Es posible.

—Lo siento, pero la operación que hice con el señor Furst fue completamente legal. —¿Por cuánto le vendió el libro?

—Por ciento veinticinco mil dólares.

—¿Pagó al contado?

—Desde luego.

—¿Cuándo realizaron la venta?

—Hoy hace siete días.

—¿Le había comprado otras cosas Harry Furst?

—Sí. Pero nunca había adquirido un libro de tanto valor.

—¿Intervino alguna otra persona en la operación?

—No. Ninguna.

—¿Cómo llegó a su poder el libro?

—Lo compré en Londres, hace dos meses, cuando estuve allí en busca de mercancía. —¿Informó usted a alguien, aparte del señor Furst, para su venta?

—No, señor. Sólo al señor Furst. El conocía bien El Cantar de los Cantares. Me había recitado algunos trozos, en distintas ocasiones. Desde un principio, pensé en Furst como la persona ideal para comprarme el libro. Por eso no informé a mis otros clientes.

—¿Le habló el señor Furst de algún plan con respecto al libro?

—Sí. Me dijo que lanzaría una edición igual al ejemplar que me había comprado. Pensaba hacer un buen negocio.

—¿Cuándo vio por última vez al señor Furst?

—El día que lo compró.

—¿Le llamó por teléfono después?

—No.

Ronald pensó que nada tenía que hacer allí. Se despidió del señor Mower, y salió del establecimiento.

CAPÍTULO X

La señora Furst se cubría con un batín de color azul.

—¿Usted, otra vez? —preguntó al ver a Ronald en el corredor.

—Necesito hablar con usted —dijo, entrando en el apartamento.

—Tengo una fuerte jaqueca, señor Russell.

—Y mucho miedo.

—¿Por qué había de tenerlo?

—Sea sincera, señora Furst. Usted habló con Henry Sinclair, y él le ha informado que sé lo que exista entre ustedes.

—¿Qué es lo que intenta demostrar, señor Russell?

Deje que sea yo quien haga las preguntas, señora Furst.

La viuda respiró profundamente.

—Está bien.

—Quiero que me entregue El Cantar de los Cantares.

—No sé de qué me habla.

Es un libro que su marido compró a un tal señor Mower, de la calle de la Anunciación. Pagó por él ciento veinticinco mil dólares.

La señora Furst parpadeó.

—No sé nada de eso.

—¿Dónde guardaba su marido las ediciones raras los libros?

—Tiene un pequeño armario en su habitación.

—Tendré que examinarlo.

—De acuerdo. Venga conmigo.

Fueron a la referida habitación, y Ronald abrió el armario. En las estanterías habría medio centenar de libros, todos ellos antiguos.

La señora Furst guardó silencio, mientras Ronald realizaba su trabajo.

Finalmente, el detective se volvió hacia la hermosa señora Furst.

—Aquí no está el libro El Cantar de los Cantares.

—Harry no me dijo nunca que lo había comprado.

—Lo adquirió hace siete días.

—Le repito que no sé nada de eso.

Ronald soltó un gruñido y salió de la habitación.

La señora Furst fue detrás de él.

Cruzaron el *living*.

De pronto, Ronald se volvió, dirigiéndose a ella.

—¿Qué pensó hacer Harry, después que se enteró que usted le era infiel con Henry Sinclair?

—¿Qué?

—Le hice ya la pregunta, señora Furst. Y apuesto a que la entendió bien.

—No la contestaré.

—No sea chiquilla. Ha de contestar o complicará más las cosas para usted y para Sinclair.

—No puedo decírselo.

—Claro que puede. Tiene que hacerlo.

La señora Furst se dejó caer en el sofá. Cubrióse la cara con las manos y comenzó a sollozar.

Ronald encendió un cigarrillo, para que la señora Furst se recuperase.

Al fin, ella levantó la cara, limpiándose las lágrimas con un pañuelo.

—Dijo que mataría a Sinclair.

—¿Cuándo lo supo su esposo?

—El día en que murió, por la mañana. Recibió una llamada telefónica.

—¿De quién?

—No lo dijo. Pero imagino que habría contratado a un colega de usted.

—¿Qué fue lo que le dijo Harry, exactamente?

—Estábamos aquí los dos, cuando hicieron la llamada. Se disponía a ir a la editorial. Al recibir la llamada, su rostro se puso muy pálido. Sin mediar palabra alguna, se dirigió hacia mí y me soltó una bofetada. Caí en el suelo, y entonces me dio un puntapié. Me dedicó los peores calificativos. Dijo que aquello no quedaría así, que se libraría de los dos, y que iba a empezar con Sinclair... Lo mataría, y no iba a tardar mucho. Luego se marchó.

—¿Qué hizo usted?

—En seguida llamé a Henry y le conté lo que pasaba.

—¿Cuál fue la respuesta del pintor?

—Dijo que me tranquilizase, que un marido celoso amenazaba mucho al principio, pero que luego se serenaría poco a poco. Según él, mi marido, no haría nada o se limitaría a pedir el divorcio.

Ronald sacudió la cabeza, pensativo, y la señora Furst insistió:

—Sé que Sinclair no lo hizo, señor Russell.

—¿Por qué no?

—No es un asesino.

—Ya le dije a él que pudo hacerlo en legítima defensa.

—Pero, cuando él llegó allí, mi marido ya estaba muerto.

—Eso fue lo que Sinclair afirma, pero puede no ser cierto.

En aquel momento se abrió la puerta, y apareció el hombre del que hablaban.

—¡Henry! —exclamó Linda, y corrió a su encuentro.

El pintor la recibió en sus brazos y la besó, en la boca.

—Al fin solos —dijo Ronald con ironía.

Sinclair apartó a la viuda de su lado.

—Por favor, señor Russell, sea un poco más humano.

—Ya lo soy, y quiero comprender a todas las personas, incluido usted.

—¿Qué es lo que quiere comprender?

—No me contó toda la verdad. En ningún momento lo ha hecho, Sinclair. Me ha estado engañando desde el principio al fin... Sólo gracias a Will Brown supe que usted era el visitante que esperaba Harry Furst. Y usted admitió serlo, cuando las cosas se le pusieron difíciles... También admitió que era el amante de la señora Furst, cuando descubrí aquel retrato en mi visita sorpresa a su estudio... Y ahora acabo de saber que Harry estaba al corriente de sus relaciones, y que le había amenazado de muerte.

—Estoy seguro de que Furst nunca habría llevado a efecto su amenaza. Él supo que yo mantenía relaciones íntimas con su mujer, y eso lo sacó de quicio. Furst había engañado muchas veces a Linda. Se creía un conquistador con las mujeres. Pero a él, como a todos los de su clase, les disgusta saber que su mujer ha encontrado un nuevo amor. Se ponen furiosos, y llegan a cometer las mayores bajezas, hasta pegar a su esposa. Fue lo que hizo Furst.

—Harry le citó supuestamente en su oficina para enseñarle El Cantar de los Cantares. Pero no estoy muy seguro que fuese para

eso.

—Admitiré que yo tampoco lo puedo saber. Ni lo podré saber nunca, por la sencilla razón de que, cuando entré en su oficina, él ya estaba muerto.

—Es sólo su palabra, Sinclair.

—Tiene que creerme...

Ronald se echó a reír.

—¿Cómo quiere que le crea, si no ha hecho otra cosa que mentir?

—Esta vez le digo la verdad completa. Ahora no tengo por qué mentirle. Ya lo sabe todo.

—No, Sinclair. Sólo sé una parte de la verdad. Pero quizá pronto la conozca toda.

Luego, Russell abandonó el apartamento.

CAPÍTULO XI

Samantha se estaba limando las uñas cuando oyó que se abría la puerta que daba acceso a la sala de visitas.

Pensó que era Ronald, aunque sólo hacía veinte minutos que se había marchado.

Entonces cruzó las piernas y dejó que la falda le subiese un poco arriba de las rodillas.

La puerta se abrió y entró un hombre, alto, fornido, que no se parecía en nada al investigador privado.

Pero no llegó solo. Le acompañaba un tipo un poco más bajo, aunque también poseía una fuerte constitución.

El grande se quedó boquiabierto contemplando a la joven.

—Bravo por el paisaje —dijo.

Samantha se apresuró a bajarse la falda.

—Eh, ustedes, ¿quiénes son...?

—Éste es David. Yo soy Goliat.

—¿Es un chiste?

—No, nena, pero puedes reír.

—¿Qué es lo que queréis?

—Hablar con tu jefe.

A Samantha le gustó la idea de ser confundida con la secretaria de Ronald.

—Él no está. Se marchó. Pero yo les puedo ayudar.

—Una chica servicial, ¿eh?

—Cuando no está mi jefe, tomo nota de los encargos, y de vez en cuando le ayudó a esclarecer algún asesinato.

—¿Tiene mucho trabajo ahora?

—Nos ocupamos de capturar a un peligroso asesino, pero mi jefe ya le está echando el guante, y, aunque está feo el decirlo, lo debe a mí.

—¿Y quién es el asesino?

—Eso forma parte del secreto profesional.

Goliath dirigió una mirada a David, y éste abrió la boca por primera vez.

—Eh, chico, iremos al grano.

—Él no está. ¿Es que no lo ves?

—Quizá ella sepa dónde fue.

—Dice que fue por un asesino.

—Eso no nos concierne a nosotros.

Samantha intervino:

—¿De qué están hablando?

David, el más pequeño, sonrió, enseñando unos dientes llenos de nicotina.

—Oye, nena. Queremos darle un encargo especial a tu jefe, algo que le va a hacer verdaderamente famoso. Por eso le harás el mayor favor, si nos dices dónde lo podremos encontrar.

—¿Por qué no me dicen primero de qué asunto se trata?

—Porque esto es cosa de hombres.

Samantha empezó a encontrar sospechosos a los dos individuos. No tenían las características de las personas que se encuentran en un lío y que necesitan un investigador privado. Ahora que los observaba atentamente, se dijo que había visto muchos tipos como ellos en las películas de gánsters. Y también recordaba que Ronald le había hablado repetidas veces de sus luchas con ejemplares de una extraña fauna, justo a la que parecían pertenecer la pareja que tenía delante.

—Anda, nena —dijo el llamado David—. Dinos dónde está tu jefe.

—Ya sé a dónde fue.

—Magnífico.

—A Nueva York.

Las sonrisas de David y Goliath se helaron.

—Esto es Los Ángeles —aclaró David—. Y Nueva York está en la otra costa. No puede haber ido tan lejos a la caza de un asesino.

—¿Cómo sabe que no pudo ir tan lejos? ¿Por qué no puede estar allí?

David se pasó una mano por la cara.

—Oye, nena. Deja de hacer preguntas.

Goliath sacudió la cabeza.

—No le creo una palabra, David. Estoy seguro de que la chica sabe dónde está el entrometido.

Samantha ya no tuvo duda de que aquellos dos hombres habían llegado allí para dar un escarmiento a Ronald. Quizá iban a acabar con él.

Sólo tenía una solución. Huir, escapar de la oficina cuanto antes.

—No, eso sería absurdo. Si echaba a correr, la atraparían. Era preferible desprenderse de ellos.

—Caballeros —dijo con una sonrisa, y se levantó del sillón—. Ahora tengo mucho trabajo. Les daré un número para mañana.

—¿Un número? —repitió Goliat.

—Tenemos tantas visitas, que hemos de numerarlas. Ustedes tienen el número trece para mañana. Recuérdenlo.

—El trece no me gusta —repuso Goliat—. Es un número muy feo.

—Si es supersticioso, se lo arreglaré en seguida... Desde ahora tienen el número quince.

—Gracias —cabeceó Goliat.

David hizo chascar la lengua.

—Eres un estúpido, Goliat. Te está tomando el pelo.

—¿Por qué me está tomando el pelo?

—Ningún investigador privado recibe quince visitas en un mismo día.

—Conque sí, ¿eh?

—Y eso quiere decir que la chica se está pasando de lista.

—Yo la arreglaré.

Samantha empezó a retroceder hacia la mesa.

—Eh, ustedes. Márchense de aquí inmediatamente o me pongo a gritar. Goliat levantó las manos. Eran enormes, de dedos gruesos como morcillas.

—Si gritas, te retuerzo el pescuezo... Lo hago muy bien. En la granja de mi abuelo, yo era quien mataba las gallinas.

—Claro, a usted el corral le debía pillar cerca. Estaba en otra parte de él, a cuatro patas...

Goliat se volvió a David.

—¿Qué quiso decir?

—Te dijo puerco.

Goliat arrugó el ceño.

—Nena, tú tienes la lengua muy larga y quiero vértela... Bastará que te apriete un poco entre las dos orejas.

—Espera un momento, Goliat —opuso David.

—¿A que debo esperar?

—Estoy recordando algo.

—¿Qué cosa?

—El hombre que nos contrató no dijo que Russell tuviese una secretaria.

—Quizá se le olvidó.

—No se le podía olvidar, teniendo en cuenta que debíamos venir aquí por Russell.

—Oye, no entiendo nada.

—Vigila a la muchacha, mientras yo hablo con el jefe.

Samantha se ahuecó el cabello.

—Les diré la verdad. No soy la secretaria del señor Russell. Sólo soy su prima, la de Nebraska.

—Ya no te sirve, muñeca —dijo David—. El jefe nos informará.

Samantha pensó que el jefe de aquellos dos hombres no podía ser otro que el asesino de Harry Furst. Pero ¿no había llegado a la conclusión de que el asesino era Will Brown? ¿O estaría equivocada?

David ya había dado vuelta a la mesa y se disponía a marchar.

La muchacha se fijó en el aparato para aprenderse la numeración. Pero David se interrumpió:

—Eh, muñeca, mira hacia otro lado.

—Me gustan sus manos. Debe tener una buena manicura.

—Déjate de historias. No creas que me la puedes pegar lo mismo que a Goliat. Tú solo quieres saber el número que marco.

Goliat atrapó a Samantha por el cabello.

La joven dio un grito.

El grandullón le cubrió la boca con una mano.

—A callar, nena, o te la ganas antes de tiempo.

Entretanto, David ya había marcado el número...

Esperó unos instantes.

—Somos nosotros, patrón... Le llamo desde la oficina de Ronald Russell. Él no está aquí... Pero encontramos a una muchacha... Rubia platino, veintitrés años, una verdadera monería... —Escuchó durante un rato—. Está bien, jefe... No se preocupe. Todo irá de

primera... —Después de colgar, agregó—: Bueno, ya sé quién es, Goliat... Se trata de la amiguita de Ronald Russell... Una chica podrida de dinero. Su nombre es Samantha Leeds.

La joven dio un fuerte tirón y logró desasirse de Goliat, alejándose hacia el fondo de la habitación.

—Caramba, una millonaria —dijo Goliat—. ¿Qué hacemos con ella?

—Nos la llevamos.

—Entiendo... Nos la llevamos y pedimos rescate...

—No seas estúpido, Goliat. Solos nos la llevamos como rehén. Fue lo que dijo el jefe...

Samantha había palidecido, escuchando el diálogo de los dos hombres.

—Eh, muchachos... Tengo una idea mejor.

—¿Qué idea? —preguntó David.

—En el bolso sólo tengo medio centenar de dólares, pero traje un talonario de cheques. Les firmaré uno por quinientos dólares y ustedes se marcharán...

—No sirve.

—A pesar de lo que diga usted, su amigo Goliat tiene razón. Si me llevan a la fuerza, será un secuestro.

—No te preocupes, sabremos cuidarte.

—El secuestro está castigado con la pena de muerte... Irán a la cámara de gas.

Los dos hombres se pusieron en marcha hacia la joven y ésta continuó retrocediendo.

—¡Mil dólares...! Les daré mil dólares, y se marcharán solos...

Goliat saltó sobre la joven, pero ésta lo recibió pegándole un puñetazo en la cara.

El grandullón ni siquiera se tambaleó. Soltó una carcajada.

—Eh, David, la gatita quiere jugar.

—Lo hará conmigo dentro de un rato, cuando estemos en otra parte... —Los ojos de David brillaron lobunamente.

Una idea cruzó por la mente de Samantha. Ronald guardaba una pistola en el archivo. Pero, justamente, el archivo estaba al otro lado de la habitación.

—Escuchen, muchachos.

—¿Qué nueva idea se te ocurrió? —preguntó David.

—Ir con ustedes, sin necesidad de que empleen la fuerza... No quiero que me hagan daño.

—Eso está bien.

—Ustedes irán primero y yo iré detrás.

—De ninguna manera, pequeña. Tú irás entre los dos para que no sientas la tentación de echar a correr...

Samantha hizo un gesto afirmativo. Para que su plan tuviese éxito, tenía que confiarlos.

—Dejen que me arregle el rostro.

Se dirigió hacia su bolso. Pero David corrió más que ella, y tomó el bolso del sillón.

—Eh, ¿qué haces? —preguntó la joven.

—Las mujeres tenéis la costumbre de guardar aquí las pistolitas.

—No uso armas.

De todas formas, David abrió el bolso y lo registró.

—Dijo la verdad, y creo que es la primera vez que eso ocurre, tratándose de una mujer.

Goliath rió a grandes carcajadas.

—Eso fue un buen chiste.

David entregó el bolso a la joven.

—Tienes diez segundos para arreglarte.

La joven echó a andar hacia el cuartito reservado.

—Nada de irte fuera —exclamó David—. Has de hacerlo aquí.

Samantha ya había conseguido lo que se proponía. No había querido dirigirse al baño, sino hacia el archivo.

Se abalanzó sobre el tercer cajón y, para tener las dos manos libres, dejó caer el bolso.

Tiró del cajón y tomó la pistola.

Cuando David fue a reaccionar, ya era demasiado tarde, porque Samantha le apuntaba con el arma.

—¡Atrás o disparo...!

David apretó los maxilares.

—Después de todo, nos la jugaste.

—Pónganse contra la pared.

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a la policía.

—¿Qué tiene que ver la policía con esto...?

—Ustedes fueron contratados por el asesino de Harry Furst.

—No sabemos de qué hablas.

—El teniente Simons les refrescará la memoria.

—Eh, oye, nena... Ahora comprendo que íbamos a hacer una cosa muy fea. Pero ya todo quedó olvidado. Anda, vámonos, Goliat. Se nos hace tarde para jugar esa partida de dados.

—Jugarán la partida de dados en la cárcel, si es que los dejan —repuso Samantha—. Les he dicho que se pongan cara a la pared, obedecerán inmediatamente.

David exhaló el aire de los pulmones.

—Está bien. Nos pondremos de espaldas, y podrás llamar al teniente Simons, pero te advierto que vas a hacer el ridículo.

—Eso ya lo veremos.

Goliat tenía una expresión estúpida en la cara.

David le pegó un codazo en los riñones para que se volviese, y entonces él también lo hizo.

Samantha se encaminó hacia la mesa, dando un rodeo, pegada siempre a la pared. David la seguía por el rabillo del ojo.

La joven descolgó el teléfono y se dispuso a marcar.

Fue entonces cuando David se arrojó sobre ella.

La muchacha pudo haber disparado, pero titubeó, unos instantes.

Fue suficiente para que el pistolero la atrapase por la muñeca.

Samantha recibió un golpe en la cadera y cayó en el suelo, dando un chillido.

Había perdido la pistola.

David se levantó con el arma en la mano, sonriendo.

—Ya se acabó el juego, nena...

—¡Son ustedes unos canallas!

—Ahora vas a ser una muñeca obediente o recibirás el castigo que mereces... ¿Y sabes por dónde voy a empezar? Por estropearte esa linda cara... Creo que no te conviene quedarte fea. Ya no tendrías tanto éxito con los hombres...

—Demonios —dijo Goliat—. Creí que la chica iba a meternos en la mazmorra.

—Eso te debe enseñar algo, muchacho.

—¿Qué cosa?

—Que no te debes fiar de ninguna mujer. Por muy atrapada que la tengas, siempre salta en el momento más inesperado. —David

guardó la pistola en el bolsillo, y tomó a la joven por el brazo—. Andando, chica... El jefe nos está esperando. Seguro que se pregunta por qué nos demoramos tanto.

Samantha sintió deseos de llorar. No sólo había caído prisionera, sino que tenía la impresión de que acababa de arruinar el trabajo de Ronald.

Salieron al corredor.

—Eh, ¿por qué no esperamos al ascensor? —dijo ella.

—Nada de ascensor —repuso David—. Bajaremos por la escalera.

—Yo no puedo. Me doblé un tobillo.

—Claro que podrás. Y deja ya los trucos.

Samantha supuso que, una vez salieran del edificio, perdería toda esperanza de escapar de aquellos dos hombres.

En la calle les estaría esperando un coche.

Bajaron la escalera, pero ella lo hizo cojeando.

—¿Lo ve...? Les dije la verdad. Me doblé un tobillo... Tómenme, al menos, en brazos.

—Yo lo haré —dijo Goliat, riendo—. Soy muy fuerte.

—No seas estúpido... No la tomarás en brazos —repuso David.

—Pero ella lo dijo...

—No importa lo que ella diga. ¿No te das cuenta por qué quiere que la tomemos en brazos...? Así llamará la atención de la gente y, cuando venga el detective, podría seguir nuestra pista...

David dio un tirón de la joven, porque ésta se había tomado con calma el descenso de la escalera.

Llegaron al vestíbulo.

Samantha vio un hombre que se dirigía al ascensor. Iba a pasar por el lado de Goliat. Empujó al grandullón, el cual casi derribó al desconocido.

David conservaba la mano en la pistola, dentro del bolsillo, y apoyó el cañón en el costado de la joven.

—Nena, que te la ganas.

El desconocido había logrado mantener el equilibrio y Goliat le dijo, desafiante:

—¿Es que no se fija por dónde va...?

—Perdone, pero yo aseguraría que fue usted...

—A callar y a volar —dijo el grandullón.

El otro se tocó el ala del sombrero con la mano, y siguió su camino hacia el ascensor. David soltó una risita.

—Tampoco conseguiste nada, muñeca. Y ahora, a la calle.

Samantha estaba decepcionada. Había quemado su último cartucho.

Salieron del edificio, y fueron a la playa de estacionamiento.

Tal como había supuesto, allí estaba el coche de los dos fulanos.

David se puso al volante, y Goliat y ella ocuparon el asiento posterior.

La muchacha miró por la ventanilla, con la débil esperanza de ver llegar a Ronald.

El auto se puso en marcha, y empezó a alejarse de allí, sin que hubiese aparecido Russell.

De pronto, Goliat rió, estremeciendo los hombros.

—¿Qué te pasa, Goliat? —preguntó David.

—Me estaba riendo.

—Ya oigo que te estás riendo. Te pregunté por qué.

—Nunca viajé al lado de una millonaria. Es la primera vez... Es lo que me da risa...

Samantha se dijo que aquel Goliat tenía menos seso que un mosquito. ¿Por qué no intentaba sacar partido de él...?

—Eh, Goliat. ¿Por qué no nos vamos tú y yo a un club nocturno...? Mientras tanto, David nos esperará en el coche. Tengo ganas de divertirme...

—Eh, David, eso no está nada mal.

—No, no lo está para ella... Te está tendiendo otra vez una trampa, y tú eres tan estúpido, que caes. Me pregunto qué sería de ti, si no me tuvieses a tu lado... Eres sólo un imbécil...

—Perdona, David.

—Te perdonaré con una condición.

—¿Cuál?

—La próxima vez que ella abra la boca, se la cierras de un puñetazo.

Goliat cerró el puño y miró a la joven.

—Ya lo sabes, millonaria. La próxima vez que abras el pico, ya puedes estar segura de que te lo cerraré.

Tras una carrera de veinte minutos, llegaron a una casa que contaba con jardín y cochera.

Bajaron del auto y subieron al porche.

David abrió la puerta y empujó a Samantha al interior.

—Ahora vas a conocer al jefe, nena.

CAPÍTULO XII

Ronald Russell entró en su oficina.

Allí no estaba Samantha.

Se encogió de hombros, pensando que la joven se había cansado de esperar.

Se iba a sentar en la silla, cuando vio el bolso en el suelo. Estaba abierto, y el lápiz de labios había escapado rodeando hasta la pared.

No le gustó nada aquello.

Habían sacado el tercer cajón del archivo. Fue hasta allí, y descubrió que faltaba la pistola que guardaba en aquel lugar.

Ya no tuvo ninguna duda de que Samantha se encontraba en un aprieto. Alguien la había visitado en su ausencia, y se encontró con la joven.

Estuvo pensativo un rato.

Finalmente, descolgó el auricular y marcó un número.

—¿Nils Larmont? —preguntó, cuando descolgaron en la otra parte.

—Sí, yo soy.

—Le habla Ronald Russell.

—Hola, señor Russell. ¿Qué quiere?

—Necesito su ayuda.

—¿Para qué?

—Para encontrar al asesino de Harry Furst.

—Eso quiere decir que no es Lawrence Kelly.

—No. No lo es.

—Me alegro muchísimo, señor Russell. He estado pensando el asunto, y me entristecía mucho que una chica como Nathalie Ericson se quedase sin su novio. —¿Dónde quiere que nos veamos, Nils?

—¿Le parece bien el Picnic Club?

—De acuerdo.

—Estaré allí en veinte minutos.

Ronald colgó.

Invirtió cerca de media hora en llegar al Picnic Club porque encontró un atasco. Nils estaba sentado en la barra, hablando con el mozo llamado Lynne Thomas.

—Hola, Russell. ¿Toma algo? —dijo Larmont.

—Sí, pero prefiero que nos sentemos a una mesa.

—No hay inconveniente.

Larmont encargó dos *whiskys* dobles.

Se sentaron a una mesa, y esperaron a que el camarero les sirviese.

—¿Quién es el asesino? —preguntó Larmont, cuando el mozo se hubo retirado.

—Henry Sinclair.

Nils Larmont hizo un gesto de sorpresa.

—Oh, no. Debe estar equivocado. Henry Sinclair es un pintor que está en la cumbre de la fama. Tiene dinero y mujeres...

—Admito que tiene dinero, pero Henry quiere a una sola mujer... La señora Furst.

Nils encanutó los labios, pero no llegó a emitir el silbido. Bebió rápidamente un trago de *whisky*.

—De modo que la señora Furst nos salió una artista.

—No sé hasta qué punto ella puede estar relacionada con el crimen. Quizá se quedó al margen, y todo fue obra de Henry Sinclair.

—¿Cómo lo ha descubierto?

—Muy sencillo. El señor Furst esperaba un visitante. Era Henry Sinclair. El pintor ya confesó esa parte, aunque asegura que, cuando él llegó a la oficina de Harry, el editor ya estaba muerto...

—¿Se lo ha contado a la policía?

—No. Todavía, no.

—¿Por qué?

—Me falta la prueba fundamental, que espero conseguir con su ayuda.

—¿A qué prueba se refiere?

—Henry Sinclair cometió un error, como todos los asesinos lo cometen.

—¿Cuál fue el suyo?

—Llevarse un libro que Furst había comprado recientemente. Un libro raro, por el que pagó ciento veinticinco mil dólares, El Cantar de los Cantares, una edición del año 1615...

—Vaya, no sabía que el señor Furst tuviese talento para hacer compras de esa clase. Pero, dígame, señor Russell, ¿dónde entro yo en juego?

—Quiero que usted hable con Henry Sinclair.

—¿Y de qué tengo que hablar?

—Del libro y del asesinato.

—Explíquese, señor Russell.

—Usted estaba en la oficina cuando Sinclair visitó a Harry Furst. Pocos minutos antes, usted habló con su patrón, porque Furst quiso consultarle acerca de la edición que iba a lanzar, tomando como modelo El Cantar de los Cantares... Sin embargo, el libro desapareció después de la visita de Sinclair. Usted sabe a ciencia cierta que es él el asesino, pero está dispuesto a guardar silencio, a cambio de la mitad del valor del libro o de cincuenta mil dólares con pago inmediato...

—Con que se trata de una trampa.

Exactamente, señor Larmont.

—¿Cree que Sinclair picará?

—No tendrá más remedio que aceptar su oferta, porque usted le dirá que, si no le da el dinero, acudirá a la policía con lo que sabe.

Nils se pellizcó la barbilla.

—Henry tiene mucho dinero. ¿Por qué se llevó el libro?

—Naturalmente, por su valor artístico. Por ser una pieza rara. Desde luego, no fue la razón principal del asesinato, pero vio el libro allí, y aprovechó la oportunidad para llevárselo...

—Sí, es posible.

—Yo no tengo ninguna duda, Larmont.

—Resumiendo, llamo a Henry Sinclair y le pido el dinero. Usted dice que él aceptará. Le propondré una cita para que me entregue la plata.

—Usted me informa a mí del lugar de la cita, y yo estoy allí para atrapar a Sinclair con las manos en la masa.

—¿Y qué me dice de la policía?

—La policía no va a intervenir... Cuando atrape a Sinclair, quizá tenga que emplear un poco la fuerza para hacerle confesar el resto

de la verdad, y nos devuelva El Cantar de los Cantares.

—Está bien, Russell, cuente conmigo.

—Gracias, Nils.

—Ahora mismo llamo por teléfono al asesino —dijo, levantándose.

—Suerte —asintió Ronald.

Nils Larmont se fue adonde se ubicaba la cabina telefónica.

Ronald esperó, paladeando el *whisky*.

Al cabo de diez minutos, Larmont regresó. Traía una sonrisa en los labios.

Usted es grande, señor Russell. Tenía razón. Henry Sinclair es el asesino.

—Cuénteme. ¿Qué pasó?

—Su pez picó el anzuelo... Le dije todo lo que yo supuestamente sabía acerca del libro El Cantar de los Cantares, que yo estaba en el negocio de editorial cuando él llegó a visitar a Furst... Sinclair se quedó sin habla, creí que se había desmayado, pero pareció despertar cuando añadí que me tenía que pagar cincuenta mil dólares... Al principio negó, aunque lo hizo débilmente. Yo insistí, y dio su consentimiento. Me pagará los cincuenta mil dólares, diez mil en efectivo y el resto en un cheque.

—¿Cuándo?

—Dentro de una hora.

—¿Quién dio la cita?

—Quiso ser él, pero yo le dije que tenía que ir adonde yo quisiese.

—¿Dónde lo citó?

—En un solar de la calle Pine Child... Conozco bien el lugar. Por los alrededores vive una chica, con la que he salido varias veces... Será mejor que nos vayamos. Tenemos el tiempo justo para llegar.

—De acuerdo.

Nils Larmont pagó el importe de los *whiskys*, y salieron del Picnic Club.

—¿Trajo su auto, Russell?

—Sí.

—Entonces, yo iré delante y usted me seguirá.

Poco después, emprendieron la carrera. Ya era de noche.

Llegaron a la calle Pine Child, al oeste de la ciudad.

Nils dejó que Ronald lo adelantase hasta comprobar que se detenía.

Entonces, también paró el motor.

Vio que Larmont salía de su vehículo y desaparecía en un solar de la izquierda. Ronald echó a andar y, al llegar al solar dobló, pegado a la pared de la última casa. Todo era silencio.

Se internó en el solar, pero en seguida se detuvo de nuevo, y esperó.

—Nils —dijo.

No obtuvo respuesta.

De pronto, oyó pasos a su espalda, y una voz dijo:

—Tengo una pistola en la mano, señor Russell.

Había reconocido al tipo. Era Lynne Thomas, el mozo del Picnic Club.

Lo vio acercarse. El arma le brillaba en la diestra.

—¿Qué haces aquí, Lynne? Tenías que estar trabajando.

—Eso hago, señor Russell.

—Lo tuyo es la barra del bar.

—Eso depende de las circunstancias.

—¿Qué quieres?

—Venga conmigo. Quiero enseñarle algo.

—Lo siento, pero me cité con alguien, y no me gusta faltar a mi palabra.

Lynne movió el brazo rápidamente.

El cañón de la pistola golpeó en el mentón de Ronald, que cayó de rodillas en el suelo.

—Señor Russell, no me decepcione —dijo el empleado del Picnic Club—. Se supone que un sabueso debe ser más fuerte.

Roñad sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, porque el dolor era muy fuerte y le repercutía en el cerebro.

—Levántese, detective.

El joven se puso en pie.

—Póngase junto a la pared, con las manos levantadas, ya sabe, y abra las piernas en compás.

Ronald se situó como Lynne quería.

El mozo lo registró, sin encontrarle arma alguna.

—Vaya, no lleva pistola.

—Soy un detective muy moderno. Uso el rayo paralizante que

me sale del índice. Lynne rió por lo bajo.

—Andando, sabueso. Vamos hacia el fondo del solar. Luego a la izquierda.

Russell se puso en marcha.

Después de doblar por la esquina, dejaron atrás dos casas.

Cuando llegaron a la tercera puerta trasera, Lynne ordenó:

—Párate, ya hemos llegado.

Alguien abrió la puerta desde dentro, sin necesidad de que Thomas llamase.

Ronald vio en el hueco un hombre de nariz chata.

—Hola, David —dijo Lynne.

—Bien venido, señor Russell... Sólo faltaba usted como invitado a la fiesta.

Subieron por una escalera y entraron en la casa.

Cruzaron la cocina, un corredor y, finalmente, llegaron a un *living*.

Un hombre estaba sentado en un sillón, de espaldas, Ronald sólo le veía la mano.

—Buenas noches, señor Larmont —dijo Russell.

Nils Larmont se levantó del sillón y sonrió.

—¿No está sorprendido?

—En absoluto. Aunque confieso que me ganó por la mano... Yo sabía que Henry Sinclair no era el asesino, sino usted. Sólo quise sacarlo de su madriguera... Estuvo claro que no se puso al habla con Henry Sinclair. Sólo fue a la cabina telefónica para representar su papel... Pero cometí una torpeza al no pensar en nuestro amigo Lynne Thomas... Los errores se pagan. Debí suponer que el mozo no le dejaría en la estacada...

—Muy bien, señor Russell. Pero, dígame, ¿cómo llegó a la conclusión de que era yo?

—Es la mar de sencillo. Usted tuvo más oportunidad que nadie para matar a Harry Furst...

—Oh, no diga eso. La tuvo Lawrence Kelly y también la tuvo Henry Sinclair.

Kelly no hubiera matado a su jefe, simplemente porque lo iba a despedir. Estuve hablando con él antes de hacerme cargo del caso, y me di cuenta de que era un sujeto de reacciones normales. En cuanto a Henry Sinclair, es un hombre para el que la vida es un

puro placer... No se habría complicado la vida, matando a Furst. Para él las cosas deben ser naturales, y no hay por qué forzarlas. Posee una gran sensatez, y no tenía necesidad de matar a Harry Furst para ser feliz con Linda... Sin embargo, usted tuvo que estar al corriente de la compra de Furst, me refiero al libro El Cantar de los Cantares... Usted era el asesor literario y, naturalmente, Furst debía haberle pedido su opinión acerca del libro... Usted odiaba a Harry Furst. Lo consideraba un advenedizo en el negocio... Para usted era indigno que un hombre que había sido mi salchichero ganase los billetes con un trabajo aparentemente intelectual. Es lo que usted no supo distinguir que, si bien el señor Furst no era un intelectual, poseía capacidad para el negocio, porque reunió a su alrededor los mejores colaboradores... Era mérito suyo el haberlos seleccionado.

—¿Ya terminó, señor Russell?

—Sí. Tiene usted la palabra.

—Es cierto. Odiaba a Harry Furst... Lo quería ver bajo tierra. Muchas veces tuve que frenar mi impulso de rebanarle el cuello. En mi trabajo de asesor tropecé muchas veces con él. Quería saber más que yo.

—Se equivoca. Estoy seguro que, si él discutía con usted, lo hacía desde un punto de vista económico. Usted, como intelectual, vería posibilidades de editar una obra, pero él, como negociante, vislumbraba un negocio ruinoso... Pero su odio hacia Furst no le dejaba ver las cosas con claridad, establecer la diferencia.

—Ha enredado mucho, señor Russell.

—Cuando tuve noticias de El Cantar de los Cantares, comprendí que el camino que había llevado hasta entonces, no era bueno.

—Supe, por Margaret Jean, que ella le había informado de la existencia del libro... Fue cuando decidí pararle los pies...

—Envié a alguien a mi oficina, y allí encontraron a una chica que me estaba esperando.

—Un delicioso bombón, diría yo.

—¿Por qué la secuestró?

—Pensé que, en un caso de peligro, me podía servir.

—Ya no le sirve. Me tiene a mí. ¿Dónde está ella?

—Aquí. En la casa.

—Oiga, Nils. Le hago la mejor proposición para usted, Samantha no sabe que me han atrapado, de modo que, la pueden dejar

marchar...

—Demasiado tarde.

—¿Por qué?

Ella ya me vio... Es una chica muy mona.

Ronald apretó los dientes.

—¿Qué le hizo, Nils?

Hasta ahora sólo estuve unos minutos con ella, porque tuve que invertir todo mi tiempo en usted... Ahora han cambiado las cosas.

—No sea estúpido, Larmont... Puede prescindir de mí, pero no de ella...

Puedo prescindir de los dos. Simularé un accidente automovilístico, y la historia se habrá acabado... Todo el mundo será feliz. Los policías lo serán porque tienen al culpable: Lawrence Kelly. La señora Furst encontrará su felicidad en brazos de Henry Sinclair... Se casarán y tendrán pintorcitos... Y yo me convertiré en gerente de la editorial, porque a la señora Furst le convienen mis condiciones... ¿Lo ve usted, Russell? Sólo tienen que morir dos personas, usted y la señorita Leeds, para que pongamos fin a esta historia.

—Y usted venderá El Cantar de los Cantares y hará su negocio.

—Seguro. —Larmont alargó la mano y sacó un tomo de la estantería—. Aquí lo tiene.

—¿Me lo deja ver?

—Claro, ¿por qué no?

Nils tiró el libro a Ronald. Éste lo tomó y una fracción de segundo después, lo arrojó sobre Lynne Thomas.

Hizo un blanco, porque el libro golpeó contra la pistola del mozo del Picnic Club.

Ronald iba detrás, cruzando el aire.

Su puño se estrelló en la cara de Thomas.

La pistola cayó en el suelo, y Russell la arrastró con el pie y se apoderó de ella.

Disparó sobre Nils, cuando éste se disponía a hacer fuego con el arma que sacó del bolsillo.

Larmont recibió el impacto en el pecho y se estrelló contra la mesa que tenía detrás.

El hombre que había abierto la puerta trasera también sacó un revólver de la axila.

Ronald tuvo que girar muy rápido, e hizo fuego por segunda vez. David soltó un chillido al recibir el plomo en los intestinos, y cayó hacia delante.

Un individuo bajó la escalera atropelladamente.

Ronald volvió el arma hacia aquel lado, pero vio un sujeto con una expresión estúpida en el rostro.

—¿Qué pasó? —preguntó Goliat.

—Nada, muchacho. Que tu jefe quedó listo...

Samantha bajó por la escalera.

—¡Ronald!... —gritó.

—Cuidado, nena. No se te ocurra darme el beso ahora. Lo que tienes que hacer es llamar a la policía mientras yo vigilo a estos buenos muchachos.

—¿Quiere usted por esposo a Lawrence Kelly?

—Sí, quiero —contestó Nathalie Ericson.

Samantha Leeds se colgó del brazo de Ronald Russell.

—¿No te emociona, Ronald?

El detective se pasó el dedo por debajo de la nariz.

—Oh, sí, mucho.

—Pero seguro que te emocionarás más si tú eres el protagonista, quiero decir si ocupas el lugar del novio.

—¿Y por qué he de ocuparlo?

—Eres un cobarde.

—¿Eh?

—Sí. Un cobarde... No te atreves conmigo. Me lo dijo mi psiquiatra.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Que soy una mujer pantera... Tengo un gran temperamento. Quiero avasallar a todo hombre que se me acerca... Y utilizo mis manos como zarpas...

Ronald la miró atentamente a la cara.

—¿Todo eso te dijo?

—Ni más ni menos.

Ronald tiró de la joven y la besó en la boca.

—Eh, Ronald, ¿qué haces?... Ésta no es tu boda.

—Tendré que probar, Samantha.

—¿Probar qué?

—Si es verdad eso de que eres una mujer pantera.

Samantha dejó caer el bolso y se arremangó. Rodeó a Ronald por el cuello y lo besó en la boca, apretándole fuertemente la nuca.

Ronald creyó oír un

tam-tam

primitivo, salvaje. Era su corazón que le golpeaba contra las costillas. Pero el ritmo alocado de su víscera se debía a la proximidad de aquella mujer pantera.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

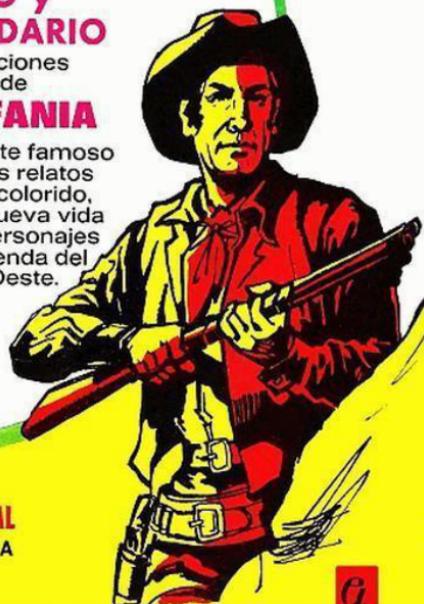
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

